

**CONGRESO
LAS OTRAS PROTAGONISTAS DE LA TRANSICIÓN:
IZQUIERDA RADICAL Y MOVILIZACIONES SOCIALES**

SESIÓN/MESA 6

LA EXPERIENCIA MILITANTE: MEMORIAS Y TRAYECTORIAS

Moderador:

Marina Montoto / David Beorlegui

Viernes 24 de febrero 2017

18:00 – 20:00

Centro Cultural Buenavista. Teatro
Avenida de los toreros, 6

<https://congresotransicion2017.wordpress.com>



DE LA CLANDESTINIDAD A LA LEGALIDAD. EL PTE Y LA JGR EN SALAMANCA (1974-1980).....	2
MIS AÑOS EN EL PTE	17
MILITANCIA REVOLUCIONARIA. A VUELTAS CON LAS CIFRAS.	27
SOBRE LA NECESIDAD DEL RECONOCIMIENTO DE LA GENEROSIDAD DE LA RESISTENCIA ANTIFRANQUISTA	41
COMPROMISO POLÍTICO Y VIDA, LA EXPERIENCIA MILITANTE DE LA ORGANIZACIÓN DE IZQUIERDA COMUNISTA	46
Tejiendo solidaridad desde abajo: Espacio social y construcción del sujeto colectivo en la izquierda rupturista.....	60
Cartografiando los discursos desmitificadores: voces radicales de la Transición para el cambio político.....	73
Entre la derrota y la utopía. La experiencia de la transición desde la perspectiva de la izquierda radical. Las voces del desencanto	84

DE LA CLANDESTINIDAD A LA LEGALIDAD. EL PTE Y LA JGR EN SALAMANCA (1974-1980)

Jesús María MONTERO BARRADO

Resumen:

El trabajo, centrado en Salamanca, se ha organizado en torno a dos: el espacio y el tiempo. El primero está, basado en el recuerdo de numerosas vivencias, el soporte material de documentos de diverso tipo (publicaciones del partido y archivos personales) y la indagación en otras fuentes (prensa local, entrevistas personales y encuesta). En el segundo eje se atienden tres momentos: el de la lucha contra el franquismo y la Transición; el inmediato posterior, tras la derrota de la izquierda radical; y el de principios del siglo XXI (hasta 2007).

Jesús María Montero Barrado fue militante de la JGR y el PTE en Salamanca (1975-1981), habiendo pertenecido a su dirección provincial entre 1976 y 1979 como responsable de propaganda. Licenciado en Geografía e Historia (Universidad de Salamanca, (1976-81); Memoria de Licenciatura (“Nuevas aportaciones sobre la reforma agraria durante la IIª República”, Universidad de Salamanca, 1982); cursos de doctorado (Universidad de Salamanca, 1982); Máster Cultura de Paz, Educación, Conflictos y Derechos Humanos (Universidad de Cádiz, 2010).

Profesor de Secundaria de Geografía e Historia (desde 1987); participante y ponente en numerosas actividades de formación; elaboración de diversos materiales didácticos.

Publicaciones: Anarcofeminismo en España. La revista Mujeres Libres antes de la Guerra Civil (Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2003); La educación en Barbate durante la época franquista (1938-1975) (junto con Juan Antonio Criado, Tarifa, 2005); “Mª Luisa Cobos, una anarquista jerezana” (en revista Hespérides, abril 2010); “La escuela en Barbate durante la etapa franquista” (en Autoría Variada, 75 Aniversario de la segregación de Barbate, Cádiz, 2013), entre otras.

Investigación inédita: De la lucha clandestina a la legalidad. El Partido del Trabajo de España y la Joven Guardia Roja en Salamanca (1974-1981).

Colaborador en varias revistas o periódicos digitales (Rebelión, Tercera Información, El Catoblepas) y autor del blog Entre el mar y la meseta (marymeseta.blogspot.com, activo desde 2009).

Seis años de Historia

Los primeros momentos (de septiembre de 1974 a septiembre de 1975)

Los orígenes del Partido de Trabajo de España (hasta 1975, Partido Comunista de España Internacional) y de la Joven Guardia Roja en Salamanca se encuentran en el verano de 1974, con la llegada a la capital de un militante procedente de Valladolid con el fin de sentar las bases de una organización en la ciudad. Pronto captó para la JGR a varios estudiantes, que ya se habían destacado en asambleas, manifestaciones y actos antifranquistas.

A lo largo de 1975 fue cobrando más vida, mejorando su organización e integrándose en la Junta Democrática (que dio paso a la nueva denominación de PTE), participando en la creación de juntas democráticas de base. Tuvo que rivalizar con otros grupos de izquierda más implantados: sobre todo, el PCE, pero también las Plataformas Anticapitalistas, Liberación y LCR.

La militancia mantuvo un elevado grado de activismo, que contrastaba con las mayores preocupaciones teóricas de otros grupos. Pese a ello la dirección regional mantuvo una fuerte presión contra lo que consideraban un comportamiento tachado de “liberal” en parte de una militancia acostumbrada a compatibilizar sus tareas políticas con las más lúdicas.

Entre la crisis y la reorganización (de septiembre 1975 a septiembre de 1976)

Las movilizaciones contra las ejecuciones de septiembre de 1975 tuvieron repercusiones muy negativas. La detención de uno de sus militantes durante una manifestación casi llevó al desmantelamiento del grupo. Pronto la situación fue recomponiéndose tras la salida de la cárcel de los detenidos y la llegada de más militantes. Ésta fue mayor en institutos y asociaciones juveniles de barrio, donde actuaba la JGR. El movimiento obrero empezó a ganar algún adepto, aunque era su talón de Aquiles. En general la militancia estuvo presente en las distintas movilizaciones del momento: universitarias, antinuclear, vecinales, huelga de la construcción, matanza

El PTE y la JGR en Salamanca (1974-1980)

de Vitoria o por la amnistía. Incluso llegó a fletar los autobuses del Festival de los Pueblos Ibéricos de Madrid.

A principios de 1976 la JGR impulsó la Asociación Democrática de la Juventud, lo que la abrió a nuevos ámbitos, sobre todo de los barrios, llevando a cabo durante el verano una actividad intensa, incluidas las movilizaciones de protesta por el asesinato de Francisco Javier Verdejo en Almería.

La recuperación (de septiembre de 1976 a junio de 1977)

La llegada de un nuevo cuadro político desde Valladolid potenció la célula de movimiento obrero, que empezó a sentar las bases de lo que sería la Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores. La militancia universitaria prácticamente se renovó, a la vez que diversificó sus actividades entre lo propiamente estudiantil, las mujeres, a través de la Asociación Democrática de la Mujer o las amas de casa, y el apoyo a los barrios. No faltó la relación con la Unión Democrática de Soldados con los jóvenes que llegaban para hacer la mili. La JGR, en fin, prosiguió extendiéndose en los institutos y barrios.

Pese a ello, el PTE seguía siendo un grupo limitado en número, compuesto por gente muy joven y todavía con un claro predominio de estudiantes. Los intentos por llegar al profesorado e incluso al mundo rural fueron infructuosos.

La presencia en las movilizaciones no faltó nunca, como la lucha por la amnistía, la primera habida en favor de la autonomía de Castilla y León, el entierro del abogado de la calle de Atocha Serafin Holgado e incluso la convocatoria en solitario de una manifestación el mismo día que se celebró el referéndum de la reforma política.

Las elecciones de junio de 1977

En las semanas anteriores a las elecciones desplegó una gran actividad, incluida la venta callejera de La Unión del Pueblo, el nuevo periódico surgido tras la unificación con el PCU. No faltaron actividades de diverso tipo para recaudar fondos y la apertura de una sede céntrica, que permitió visibilizar la presencia en la capital.

Dentro del Frente Democrático de Izquierdas el PTE configuró una lista con la presencia de la JGR, la CSUT, la ADM y el Partido Socialista Independiente, que encabezó efímeramente la candidatura. Entre los actos organizados, incluso por varios pueblos, llegó casi a llenar el Pabellón Municipal de Deportes.

Los resultados electorales fueron 872 votos y 0,45%. El hecho de haber podido exhibirse ante la población, con el doble efecto publicitario y catárquico, fue valorado positivamente por la militancia. La decepción vino de otros lugares (Barcelona, Sevilla, Madrid), donde se habían albergado esperanzas.

Legalización y adaptación a una nueva situación (de julio de 1977 a enero de 1978)

El impacto de las elecciones alejó a una parte reducida de la militancia, aunque en líneas generales el grueso se mantuvo. A la vez continuó el crecimiento y se buscaron nuevas formas de organización, más acordes con una realidad política nueva. A ello contribuyó la legalización el 9 de julio. Una campaña de afiliación tuvo bastante éxito inicialmente, hasta el punto que la militancia rozó el centenar. Se formaron un comité provincial y un comité ejecutivo. Se sustituyeron las antiguas células sectoriales por otras territoriales (barrios y Béjar), si bien pronto se acabó volviendo a lo anterior, principalmente orientándose a la organización de la CSUT, la Universidad y el desarrollo de la JGR.

Las prioridades políticas se centraron en la lucha contra la política económica del gobierno y por autonomía castellano-leonesa, acompañada de la participación en movilizaciones, el empleo de los medios de comunicación, la venta de La Unión del Pueblo, etc.

Una nueva reorganización (de enero de 1978 a marzo de 1979)

La marcha a Valladolid de los dos principales dirigentes obligó a un reajuste en las responsabilidades, lo que supuso un estilo de trabajo de mayor colaboración y con una toma de decisiones más participativa. Aun con ello la situación interna tendió a hacerse más difícil por el progresivo distanciamiento de militantes. A eso se unía la preocupación por determinados comportamientos, que fueron motivo de discusiones. En el estudiantado se criticó la tendencia a priorizar la discusión política y entre la gente del mundo del trabajo, su mayor dedicación al sindicato.

Políticamente se siguieron priorizando los temas antes aludidos, a los que se añadió en el último trimestre de 1978 el debate sobre la Constitución. El agravamiento de la crisis económica dio lugar a varios conflictos laborales, en los que a través de la CSUT se intentó incidir: luchando contra el gobierno y denunciando lo que se consideraba como reformismo sindical de CCOO y UGT. La celebración del 1 de mayo de 1978 escenificó un distanciamiento que luego se reprodujo durante la huelga de la construcción en verano y la de la fábrica Papelera, a principios de 1979. En las primeras elecciones sindicales la CSUT tuvo unos resultados modestos, pero acordes con los sectores donde tenía presencia: 15 delegados y delegadas, que representaban el 1,32% del total, y que se circunscribían sobre todo al Hospital Clínico, la Papelera, ACUSA (comercio) y la hostelería.

En cuanto al debate en torno a la Constitución se apoyó, salvo alguna discrepancia, el cambio de postura de la dirección federal, que había acabado propugnando un sí crítico. La célula universitaria organizó con éxito unas jornadas en la facultad de Derecho, dada la altura académica de quienes intervinieron, el numeroso público que asistió y la calidad de los debates, donde faltaron posturas diversas.

Las elecciones generales y municipales de 1979

Las elecciones generales se plantearon con el objetivo ver reconocido el trabajado realizado y ser la primera fuerza política a la izquierda del PCE. Los resultados siguieron siendo muy modestos, aunque supusieron un avance en votos: 1.133 y 0,6%, en la provincia, y 653 votos y 0,85%, en la capital. Fueron valorados positivamente y más teniendo en cuenta que en Salamanca se presentaron cinco listas de la izquierda radical. El que el PTC-L fuera el más votado se puede explicar por una implantación más estable, una mejor organización y una mayor influencia social.

La no obtención de diputados llevó a que las dirigencias del PTE y la ORT anunciaran la unificación, algo que fue acogido con ilusión en Salamanca. Ante la premura de las elecciones municipales, la fórmula pactada de retirada de las candidaturas del partido menos votado en las generales en cada municipio, llevó a que fuera el PTC-L quien acabara presentándola en tres municipios. La lista de la capital se correspondía con la composición de su militancia: mayor presencia de personas del mundo del trabajo y la CSUT, y claro predominio de varones y gente joven. En Arapiles y Santa Marta las candidaturas se confeccionaron con independientes y gente de la CSUT. El comité de campaña lo formaron miembros de los dos partidos.

Los resultados en la capital decepcionaron, al no obtener una concejalía esperada: 1.353 y 2,1%. Pero la sorpresa vino de Santa Marta (20,6%), con dos concejalías, y Arapiles, con tres (37,1%) frente a los cuatro de UCD.

La fusión PTE-ORT: el Partido de los Trabajadores (de abril 1979 a enero de 1980)

La unificación no generó problemas en el reparto de responsabilidades y durante el verano se desarrolló una intensa actividad, relacionado con una nueva huelga en la construcción, la oposición a la fábrica de combustible nuclear o solidaridad con la revolución nicaragüense. El inicio del curso académico coincidió con el debate sobre la LAU y el Estatuto de Centros Docentes, y en el mundo laboral, con el del Estatuto de los Trabajadores, dando lugar a un otoño y un invierno calientes, donde nunca faltó la presencia de la militancia del PT.

El PTE y la JGR en Salamanca (1974-1980)

El proceso autonómico se vio condicionado por la escasa representación del PT en la región. Partidario de la vía artículo 151, la mayor presencia de la derecha (UCD y AP) y la pasividad del PSOE y el PCE frenaron que se caminara en esa dirección.

El final del Partido de los Trabajadores (de enero a marzo de 1980)

Desde fuera se fueron constatando dos culturas políticas diferentes, con un PTE que ya había empezado a prestar más atención a los nuevos movimientos sociales (ecologismo, pacifismo), sin renunciar a su tradicional vinculación con las luchas obreras, y una ORT seguidora de unos presupuestos políticos y organizativos más tradicionales. Otro factor fue el cansancio derivado del fracaso político, patente en las cúpulas dirigentes y también en el constante goteo de abandonos en la militancia.

La llegada de noticias de las disensiones provocó en la antigua militancia del PTE un reagrupamiento. La discusión del documento Una fuerza para una nueva civilización, elaborado por Eladio García Castro y Enrique Palazuelos, fue asumido por la mayoría de la militancia salmantina, que envió incluso a un representante a la asamblea celebrada en marzo en Madrid, donde se acabó decidiendo la autodisolución.

El paso siguiente fue el de constituirse como colectivo autónomo, dedicado a la reflexión y el debate político, y la participación en distintos movimientos, una fórmula utilizada en muchos lugares. Este colectivo siguió manteniendo contactos esporádicos, pero cordiales, con militantes de Valladolid.

Tras la autodisolución

Pronto la militancia fue desperdigándose, a la vez que se orientó hacia otros grupos. Una parte lo hizo hacia el Comité Antinuclear de Salamanca. La CSUT, por otro lado, siguió funcionando durante algunos meses. Todavía en las elecciones sindicales de

1980 consiguió alguna representación (8 delegados y el 0,7%), pero acabó dividiéndose sobre la entrada en CCOO.

Con el tiempo, pues, se fueron diversificando las opciones personales. Una parte, la mayor, abandonó la lucha política. Algún dirigente de la CSUT y los dos principales de la ORT acabaron en el PSOE. No faltaron quienes se integraron en el movimiento contra la OTAN, el ecologista y antinuclear, las acciones de solidaridad con los países de América Latina, las movilizaciones obreras, el nacimiento del periódico Liberación o el incipiente movimiento nacionalista castellano.

II. UNA APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA DE LA MILITANCIA

(Esta parte está basada en una encuesta a 13 exmilitantes del PTE, en su mayoría estudiantes, que la contestaron entre 2002 y 2004).

El origen social

Se trataría de personas que en su mayoría se encontraban en una situación de dependencia familiar, tanto por ser en su mayoría estudiantes como por su juventud. Perteneían a los estratos medio-bajos y bajos de la sociedad, mayoritariamente de personas asalariadas.

El modelo familiar en que vivían era el típico del momento, con un padre que aportaba prácticamente la totalidad de los ingresos económicos y una escasa incorporación de las madres al trabajo extradoméstico.

Un perfil urbano, propio de una capital de provincias no industrial, con predominio de los servicios y cierta presencia del sector de la construcción.

El número

El PTE y la JGR en Salamanca (1974-1980)

El número total de personas que militaron en el PTE a lo largo de todo el periodo no fue inferior a 83 y con la suma de ORT, a 89, pudiendo haber superado el centenar.

En el verano de 1977, conseguida la legalización, no fue inferior al medio centenar, con una lenta tendencia a la baja en los años siguientes. La ORT en 1979 aportó un número reducido de militantes (6, en concreto). En el tramo final, ya en 1980 y fracasada la unificación, el número se redujo a unos 25 militantes.

La duración de la militancia

El promedio fue de 2,2 años, un tiempo que se puede calificar como corto, teniendo en cuenta que supone aproximadamente la tercera parte de la vida. Un 36% apenas militó hasta un año, que con quienes estuvieron entre uno y dos años representaron la mitad del total.

La otra mitad militó, al menos, 3 años. Una cuarta parte lo hizo durante ese tiempo y la otra osciló entre los 4 y los 6 años. Sólo un 5% del total llegó a los 6, pero en ningún caso se correspondió con las personas que iniciaron la militancia en 1974.

Reparto por sexos

La relación entre varones y mujeres fue de 8 a 2 a lo largo de todo el periodo. Por momentos osciló entre 7 a 3 en el verano de 1977 y 9 a 1 en marzo de 1980.

En el sector de estudiantes las diferencias eran algo menores (24% de mujeres) y en el de quienes trabajaban, mayores (14%). La ORT aportó una ligera subida de la militancia femenina (20%) entre quienes realizaban trabajos remunerados.

La edad

La candidatura de las elecciones municipales de 1979 tenía una media de 23 años, aportando el grupo de 21 a 25 años la mitad de sus miembros, y quienes tenían 19 ó 20 años, el 28%. Por encima de 25 años sólo había un 20%, habiendo sólo una persona que superaba los 30 años.

En los años anteriores la edad media pudo ser menor y, en todo caso, con el paso de los años la edad media fue subiendo.

El inicio y el final de la militancia

Entre 1975 y 1976 las incorporaciones representaron el 40% del total, una cantidad nada desdeñable, teniendo en cuenta las condiciones de clandestinidad. La participación activa en la Junta Democrática (1975) y Coordinación Democrática (1976), y las movilizaciones de 1975 y 1976, en plena pugna de los proyectos políticos de la transición, pueden explicarlo.

1977 marca el momento de mayor afluencia de militantes, aproximadamente la mitad del total, coincidiendo con los meses previos a las elecciones de junio y la legalización del partido en julio. Las incorporaciones provinieron en gran medida de las organizaciones del entorno: ADM, JGR y CSUT.

Desde 1978 las entradas fueron bastante menores (8%) y en casi todos los casos de ese año. Existe una correlación con el reflujo de las movilizaciones, paralelo al llamado desencanto, pese al interés por mantener la tensión social y política en el mundo sindical, la lucha por la autonomía, y las movilizaciones vecinales y estudiantiles.

El momento en que se pone fin a la militancia también tiene a 1977 como el de mayor número, equivalente a la tercera parte. Salvo el caso de dos dirigentes que se trasladaron a Valladolid y algún otro de desilusión por los resultados electorales, la mayoría se corresponde con gente que permaneció muy poco tiempo, posiblemente con

poco convencimiento político y la constatación de la escasa influencia del partido en la sociedad.

Los abandonos en los años anteriores sólo representan un 10% del total, aunque en términos relativos resultan mayores. Los tres casos de 1975 se correspondieron con su marcha de la ciudad: dos, por finalizar sus estudios; y el tercero, para regresar a Valladolid. Distinto fue lo ocurrido en 1976, con la marcha hacia otras organizaciones (dos, al PCE, y una, a la LCR) o la falta de motivación (tres casos).

En los dos años siguientes el número de militantes se estabilizó. Quienes decidieron quedarse, aguantaron más. Las salidas de 1979, en parte compensadas con la unión con la ORT, tuvieron que ver sobre todo con la desilusión política. Al final de la vida del PTE todavía había aproximadamente 25 militantes, que en parte conservaron determinados lazos.

El perfil socioeconómico

El 90% de la militancia estuvo formada por estudiantes y gente con trabajo remunerado. El resto (amas de casa, jubilados y sin clasificar) apenas tuvo relevancia.

El sector más numeroso fue el de estudiantes, si bien fue de más a menos en términos relativos. Lo contrario que la militancia con trabajo remunerado, que tuvo en los dos primeros años una presencia minoritaria. A partir del verano de 1977 la situación se invirtió, con una proporción de 6 a 4 a favor de las personas con trabajo remunerado. En 1979, antes de la unificación, y en 1980, en el momento de la autodisolución, la situación era de paridad. La unificación con la ORT supuso de nuevo una mayoría de personas con trabajo remunerado.

En la militancia con trabajo remunerado predominaban quienes no tenían cualificación, oscilando entre el 70% del verano de 1977 y el 85% de marzo de 1979. El personal de servicios tuvo una escasa presencia, aunque continuada, mientras que el

grupo de profesionales y cuadros medios sólo estuvo presente en 1977. Se dio también el caso de un joven agricultor, cuya militancia se redujo a varios meses durante 1977.

Entre los varones la mitad tenía un empleo más o menos permanente, cerca del 20% se encontraba en paro y la tercera parte eran estudiantes. En el caso de las mujeres las estudiantes representaban la mitad, repartiéndose el resto entre amas de casa, asalariadas o desempleadas.

III. MEMORIA DE LA EXMILITANCIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

(Basada en la encuesta referida en la parte II).

El tiempo y las razones para militar

Inicio y fin de la militancia

Una de los rasgos más significativos es la edad temprana en que iniciaron la militancia en el PTE y la JGR. En casi todos los casos no cumplían la mayoría de edad de 21 años. En su mayor parte lo hicieron entre los 15 y los 19 años, y preferentemente, cerca de la mitad, entre los 17 y los 18, coincidiendo con los años finales de la enseñanza media, especialmente el COU, o los dos primeros años de carrera universitaria.

En el recuerdo de las razones que les llevaron a la militancia predomina la idea del antifranquismo o la lucha contra la dictadura. No faltan tampoco el deseo de un cambio social, los anhelos de libertad, democracia e incluso de la república, o el cambio hacia el socialismo o el comunismo.

En cuanto al final de la militancia, la mayoría lo hizo con la autodisolución en 1980, destacando que no hubo abandono individual. Quienes lo hicieron con anterioridad son militantes de primera hora, con inicio en 1974 ó 1975, a quienes las elecciones de 1977 afectaron de una forma importante, reprochando la división de la izquierda.

El PTE y la JGR en Salamanca (1974-1980)

En su mayoría nunca abandonaron la militancia una vez que la iniciaron. Una cuarta parte, además, estuvo en 5 de los 6 años de vida del partido o la organización juvenil.

La práctica de la militancia

La actividad fue muy intensa, con un grado muy elevado de dedicación. Hay en común un claro componente de “satisfacción personal”, con alusiones a “espíritu de entrega”, “activismo”, “cultivo de la camaradería”, “amistad” o “ilusión”. También señalan la militancia como una escuela para la vida, el conocimiento de la realidad social y política, y de maduración personal. Otros aspectos señalados son “la política antirreformista”, “la práctica del marxismo” o “la coherencia”. En un caso, quizás cargado de nostalgia, se dice que “conocí a la mejor gente de mi vida”.

En lo negativo destacan varias referencias al sectarismo, con alusiones puntuales a la “utilización partidista de los movimientos sociales”, el “dogmatismo”, el “burocratismo”, la “rigidez” de algunas personas, el “seguidismo acrítico de la dirección”... Puntuales también son las referencias a la baja formación para la actividad clandestina, la baja formación política o la aceptación de la Constitución de 1978. Y de otro signo están las alusiones a las repercusiones en la privacidad. No falta algún caso referido a la desilusión de los momentos finales del PTE y la JGR.

En el balance general resulta abrumadora la valoración positiva. Sólo en un caso se califica la experiencia como agridulce y en otro se contraponen lo positivo y lo negativo. No ha faltado quien mantiene que el PTE “tenía un verdadero proyecto de izquierda, pero careció de base social”.

El papel del PTE

En general se conserva una memoria del momento importante vivido, no intentando tanto medir el grado de sus aportaciones como desentrañar las claves de la apuesta política. Sigue presente la conciencia del esfuerzo realizado y se destaca en varias ocasiones el papel jugado con relación a lo que acabaron siendo el PCE y sobre todo el PSOE. En esa dirección se inscriben expresiones como “obligó a otras fuerzas a

mantener la tensión” antifascista; “sirvió de referente frente al entreguismo del PCE”, con una coetilla sobre el PSOE, del que se dice que “no existía”; o jugó un “papel de choque entre los izquierdistas y el PCE”.

Se mencionan como logros el fomento de un sindicalismo combativo (CSUT y SOC), la actividad política en la Universidad o la participación en las movilizaciones generales. Sobre el papel jugado por el PTE no se hacen grandes alardes, pero se califica en general como “muy positivo”. Hay quien ha buscado un equilibrio: “modesto, pero importante”. Y quien dice que “los resultados los obtuvieron los partidos históricos”.

¿Dónde están? ¿Qué hacen?

La situación ha cambiado sustancialmente. Se da un predominio de los estratos sociales intermedios y dentro de ellos, las nuevas clases medias, lo que se puede explicar por el hecho de la mayor parte de las personas encuestadas eran estudiantes. Es decir, una movilidad social generacional ascendente propio de los países europeo-occidentales entre los años sesenta y ochenta, dentro del tránsito hacia sociedades industriales, primero, y de servicios, después.

Las dos terceras partes muestran una postura escéptica: una tercera, que el PTE no tenía ninguna perspectiva política, y el resto se reparte entre un interrogante, “muy difíciles”, “nada halagüeñas” o una “visión futura pesimista”. El pesimismo se argumenta desde el triunfo del “neoliberalismo” o la “tendencia económica centralizadora-globalizadora”. En un caso se añade a “de momento” el “a veces sueño con el retorno de la izquierda”.

La otra tercera parte manifiesta una actitud política presente activa. Expresiones como “democratizar y humanizar el modelo político”, “avanzar hacia un mundo más centrado en lo social”, “seguir luchando desde la izquierda para mejorarnos como humanos”, “paz, justicia social, profundización de derechos y libertades”, “una alternativa política, social y sindical” o “una especie de revolución cultural, autocrítica,

científica y participativa” resultan altamente reveladoras. Muestran una permanencia de valores de su juventud, aunque con cierto énfasis en otros hoy más asumidos socialmente: democratizar, humanizar, derechos, libertades...

Un poco más de la mitad ha manifestado mantener una actividad política, siempre en el campo de la izquierda. El resto ha abandonado cualquier atisbo de lucha política activa, manifestando sus opciones de distinta manera, como la abstención o el voto a alguna opción de izquierda. Dos encuestados han manifestado pertenecer al PCE y/o IU y, a la vez, a CCOO, y otros dos haberlo hecho en Izquierda Castellana (antes, UPC). Dos han estado vinculados en algún momento al movimiento ecologista. En general predomina la condición de independiente.

Entre 1977 y 1979, mientras existía el PTE, más de la mitad no tenía edad para votar. Dos no votaron por el FDI: uno lo hizo por el PCE y el otro se abstuvo. Dos años después el grueso de las personas encuestadas, un 70%, optó por el PTE.

Las elecciones del 82 dividieron el voto entre PSOE y PCE por igual (40%), mientras el resto se abstuvo. En los años siguientes la abstención fue ganando terreno, en torno al 50%, hasta el año 2000, en que se redujo a un 30%. En 2004 volvió a subir, hasta alcanzar el 65%.

El voto ha tenido en IU la opción más preferida desde 1986 y sobre todo entre 1989 y 1996. La cota más elevada de apoyos la tuvo en 1989, con un 55%, estando en el 45% en 1993 y 1996. Tras un descenso llamativo en 2000, con el 20%, cuatro años después subió al 35%. El PSOE ha sido la segunda de las opciones preferidas: en 1979 fue la opción de una de las personas encuestadas, alcanzando el 40% en 1982, reduciéndose en las siguientes y no recibiendo ningún apoyo en 1989 y 2004. Además de IU y PSOE, hubo una preferencia por Izquierda Castellana.

MIS AÑOS EN EL PTE

África GÓMEZ LUCENA

Resumen:

África Gómez Lucena repasa sus años de militancia en la organización madrileña del PTE, en la sanidad pública y en fábricas del metal, con especial atención a la toma de conciencia feminista (también frente a los hombres de su partido) y a la unión de la lucha política por la democracia con las reivindicaciones laborales.

Presentación

Yo nací en un pueblo de Málaga. Mi familia era propietaria de varios negocios -una fábrica de aceite, una panadería - y de algunas tierras. Vivíamos en una casa con una hermosa huerta en donde también había animales domésticos. Soy la mayor de 7 hermanas/os. Cuando tenía 6 ó 7 años decidí ser médica tras ver una película. Tras mi primer año interna en un colegio de monjas en Málaga, mis padres comprendieron que, con sus ingresos, no podrían darnos estudios y tomaron la decisión de vender su casa y tierras e instalarse en Madrid. Esperaron a que yo hiciera el examen de ingreso al bachillerato y el 24 de junio de 1963 llegamos a Madrid.

Entre mis recuerdos de niña, también hay muchos relacionados con las grandes diferencias sociales que me rodeaban, en mi casa había criadas/os y la casa de mi mejor amiga era una casa humilde. La gran mayoría tras asistir algunos años a la escuela del pueblo pasaban a trabajar en el campo o como criadas/os.

Al venirme a Madrid pasé a ser yo la que tendría que trabajar muy duro si quería estudiar; no fue fácil, vi a mis padres dejar su cómoda vida de pueblo para trabajar todo el día.

En Madrid teníamos un negocio familiar, en donde había que ayudar al salir del colegio, que fué una gran escuela para aprender a conocer a mucha gente, para convencerla -en aquel caso de que compraran algo- pues yo sabía que la buena marcha del negocio me permitiría lograr mi sueño: acabar el bachillerato con buenas notas e ingresar en la Facultad de Medicina.

En los años 60 tan sólo había matriculadas en la universidad, 12.000 mujeres. Yo me proponía que para los 70 sería una de ellas. Aprendí que en la vida hay que pelear por conseguir los propios objetivos, sin complejos, con vocación de gratitud.

En octubre de 1970 inicié mis estudios de medicina en la Universidad Complutense de Madrid y los simultaneaba con distintos trabajos, el destino intentaba colocarme en el papel de vendedora, desde bronceadores por las casas y ropa de señora en unos grandes almacenes hasta los periódicos del Partido del Trabajo de España – PTE-, tras ingresar en éste. Fui planchadora “sumergida”, cuidaba niñas/os y personas mayores y trabajé de obrera en una cadena de producción en Stándard Eléctrica de

Villaverde etiquetando bobinas de cobre. Al fin, preparé unas oposiciones a auxiliar de enfermería en el hospital La Paz y obtuve una plaza. Y, al cabo de 18 años -¡!-, pude terminar la carrera de medicina y ejercer de médica.

En este periplo laboral conocí a mucha gente, que por lo general, vivía mal, hombres y mujeres que se sabían injustamente tratadas pero que no sabían cómo cambiar la situación. Me enseñaron solidaridad. Cuando entré en política fue como si lo hicieran conmigo.

Cómo en política, en qué partido, la universidad

Estando en 2º de medicina -1971-72-, venían de cursos superiores a “informar” en las clases y comencé a asistir a algunas asambleas, a contactar con gente activa que era mayormente del Partido Comunista de España -PCE-. La universidad era muy jerárquica, quienes trabajábamos lo teníamos muy difícil.

Yo estaba entre dos mundos y ninguno me gustaba. Fui sintiendo la necesidad de intervenir y me debatía entre continuar con mis estudios o dedicar tiempo a la política puesto que lo que no podía dejar era el trabajo. De pensar que con mi esfuerzo y trabajo podría encontrar mi lugar en la sociedad, pasé a cuestionar la sociedad misma.

Me decidí por el Partido Comunista de España Internacional -PCE (i)-, en donde estaba una compañera de segundo curso de medicina y me fui a vivir con ella y otras a un piso compartido en un barrio próximo a la universidad. En el Hospital La Paz, en donde trabajaba de auxiliar de enfermería también coincidía más con las políticas del PCE (i) que con las del PCE, que me parecía menos revolucionario.

El ambiente de los pisos de estudiantes era un hervidero político, quien no estaba en un partido, estaba en la asociación vecinal. Participé organizando la primera escuela de adultos de ese barrio en la parroquia y el barrio entero era casi una asamblea permanente. Nosotras en el piso discutíamos sobre todo, sobre la universidad, el trabajo y allí empecé a leer marxismo y a oír a Joan Baez, Bob Dylan, Quilapayun, etc. El punto de vista religioso, en donde yo me había desenvuelto hasta entonces, ya no me era

convinciente. Conocí otras teorías para comprender el mundo y sus injusticias y, sobre todo, para hacerlas desaparecer.

Entré en la Joven Guardia Roja de España (JGRE), la rama juvenil del PCE (i), en la célula de medicina -1973-, seríamos unas 6-7 estudiantes y allí estuve un tiempo. En La Paz, estaba aumentando la protesta y poco después me incorporé a la organización de sanidad. Sólo éramos dos al principio y estábamos en la célula de la zona norte de Madrid donde seríamos unas 7 personas. Posteriormente sanidad entramos en la célula de centro, una célula de profesionales que al principio en el 74, tan solo contaba con cinco personas y, más tarde, llegó a tener unas doce.

En aquellos momentos de búsqueda de un cambio social y político no teníamos mucho tiempo para nuestra vida personal. Éramos grupos de pocas personas en donde la camaradería y la solidaridad suplían todas las necesidades y nos hacían sentir fuertes. Compartíamos todo lo que teníamos: casa, comida, dinero, etc. Cuando, más tarde, estuve “liberada”, a total disposición del PTE, yo misma viví de la generosidad de quienes me rodearon, pues no cobraba nada del partido.

En el servicio de Nefrología de La Paz -en donde yo trabajaba de auxiliar de enfermería-, un día entró un joven en insuficiencia renal debido a la paliza que la policía franquista le había dado tras su detención. Como prueba de otras torturas, también tenía quemaduras de cigarrillo en todo el cuerpo. ¡Esta visión me indignaba, y aumentaba mi conciencia de cambio político! Daba miedo la tortura y la inseguridad general en la que vivíamos. Para protegernos y proteger al grupo nos movíamos con rígidas medidas de seguridad y organizábamos tras cada acción clandestina un complejo entramado de citas sucesivas.

Estando en 3º de carrera -1973-74- se convocó huelga general en la universidad. Dentro de las acciones que se organizaron se decidió que había que hacer algo simbólico contra el sistema cerrado de cátedras y cinco chicos y yo fuimos al despacho de uno de los catedráticos más “famosos”, entramos por sorpresa en su despacho del Hospital Clínico San Carlos- en donde estudiábamos- lo agarramos de piernas y brazos y sin hacerle más daño, le dejamos en el suelo delante de una de las

puertas, en la acera. Eso me costó el curso, pues como me habían denunciado, para evitar la detención no me presenté a los exámenes y me ausenté durante un tiempo.

Sanidad

La medicina tendría que esperar 7 años, pues al tener que abandonar la universidad me incorporé de pleno a las luchas de la sanidad.

Teníamos camaradas en varios hospitales -La Paz, Santa Cristina, La Princesa, el Hospital Clínico San Carlos, Valdelatas,...-, seríamos unas 12. Por la noche hacíamos carteles y panfletos, o estábamos de reunión hasta altas horas de la noche, con debates interminables y sin poder irnos a casa después por razones de seguridad, a las 7 de la mañana en la boca de metro que nos tocara megáfono en mano llamando a la huelga por las libertades o en una obra, cuando estaban haciendo la fogata en el bidón- antes de empezar a trabajar- a echarles un mitin para que hicieran huelga y a las 8 en el hospital, trabajando y haciendo activismo sindical y político.

Hacíamos de todo, dejar panfletos en las escaleras o sitios de paso del hospital, tirar panfletos en la calle y salir corriendo, dejarlos por donde íbamos, participar en un “salto”, pegar carteles, todo lo hacíamos casero. Por las noches rotulador en mano y papel escribíamos carteles o hacíamos panfletos con cola de pescado y tela de paraguas.

Teníamos una vida intensa, un modo de vivir “radical”. Siendo mujeres las sanitarias, doblemente. Era estar en esa izquierda radical pero además, éramos radicales en el sentido de romper con modelos de mujer precedentes -al menos en la cercanía-, estábamos alejadas de lo que era habitual para una mujer.

Los partidos eran ambientes androcéntricos y nosotras inventábamos, imponíamos en la medida de nuestras posibilidades. Exigíamos igualdad, respeto a nuestra vida privada y que no todo fueran directrices en un ambiente unidimensional masculino con mujeres apoyándose en la sombra. Algunas compañeras iban a las reuniones con sus hijos, no tenían con quien dejarlos, aunque esas/os niñas/os tenían padre. Un día me llamaron a la sede central del PTE, como se llamaba el PCE (i) desde

1975 y el secretario general me manifestó sus dudas sobre la conveniencia para el partido de mis relaciones sentimentales, porque mi compañero era de otro partido. Por ahí no pasé y no permití que me controlaran hasta ese extremo.

El aborto era ilegal. Si al hospital llegaba una mujer sangrando por un aborto provocado, la mayoría llamaba a la policía. Había algunos médicos que en público estaban en contra del aborto y sabíamos que en su consulta privada, por dinero, hacían abortos. Si no se podía pagar, la opción era correr un gran riesgo, ir a una señora que en la mesa de su cocina, lo provocaba, o provocárselo la propia mujer. No era justo, las mujeres no tendríamos que pasar por aquello.

Todas/os pedíamos lo mismo, subidas salariales iguales, amnistía y libertad. La solidaridad era de toda la clase trabajadora. Si se caía un obrero de un andamio a causa de las pésimas condiciones de seguridad, parábamos o hacíamos una concentración en los hospitales, si despedían en una fábrica, igual.

Me sentía con la fuerza de la asamblea detrás y “si tocaban a una nos tocaban a todas” (como decimos ahora). La prueba es un hecho que ocurrió:

En una ocasión, en la asamblea se decidió que subíamos al despacho del director del hospital, imagino porque no respondía a nuestras demandas, y arriba, en las escaleras nos esperaba la policía. La gente en tromba, subiendo, la policía que nos empujaba y era tanta la avalancha nuestra que casi estábamos arriba. En aquel momento vieron la oportunidad de agarrarme por un brazo para detenerme y frenar así el empuje. Entre tirones de un lado y de otro creí que me partía, el resultado fue que la policía se quedó con una manga de mi chaqueta de pana y la asamblea con mi persona. Por esa asamblea yo daba todo porque la asamblea lo daba por mí.

El 20 de noviembre -20N- de 1975, yo estaba de turno de noche en el hospital La Paz, y mantuvimos asamblea permanente esperando que en cualquier momento hicieran pública la muerte de Franco, no temíamos las represalias ya. La muerte de Franco era una esperanza para que el proceso democrático comenzara.

Convocamos movilizaciones y hasta las/os pacientes nos apoyaban, nos escondían en los armarios, las camas, etc. La policía entraba en las habitaciones y tenían todo el hospital tomado, los cuatro edificios. Queríamos convocar una gran asamblea

Mis años en el PTE

por la mañana con todos los turnos pero se temía que la policía nos detuviera en la noche a las más conocidas. Nos movíamos por los sótanos con el personal de mantenimiento. A mí me convencieron para que saliera y lo hice acompañada de una compañera poco conocida, vestidas de cocineras -yo era auxiliar de enfermería- y por una puerta de salida de traumatología, que no era la mía habitualmente. Afortunadamente no estaba muy vigilada y nadie me reconoció. A la mañana siguiente, entré sin problemas y hubo una gran asamblea.

Podíamos ser varios cientos en las asambleas, con todas las categorías profesionales. Las asambleas eran soberanas y en ellas se elegían a quienes nos representarían para tal o cual cosa que se decidiera, eran revocables en cada una de ellas y fue la mejor experiencia de democracia directa que viví.

Nos eligieron a otra compañera y a mí para ir al Comité de huelga que se iba a reunir para convocar la huelga general de todos los sectores en Madrid, por la negociación colectiva, la democracia y la amnistía. En ese comité, cuando estábamos en plena reunión, por la tarde, en la sede de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) en la calle Silva, entró la policía dando una patada en la puerta y apuntándonos con las pistolas. Era el 15 de enero de 1976. Yo me comí unos papeles que teníamos y acabamos en los calabozos de la Dirección General de Seguridad (DGS). Allí pasé la noche y a la mañana siguiente me dejaron salir. Estando en la Puerta del Sol, llamé a una camarada de La Paz y acordamos recorrer todos los hospitales haciendo asambleas y convocando a la huelga general. Así lo hicimos.

Desde ese día la policía me retiró el pasaporte y no me lo devolvió hasta la democracia.

Liberada para el PTE

Preparando las primeras elecciones

El 18 de febrero de 1977 solicité la excedencia en La Paz, ya que el partido me pidió que acudiera a una Escuela de cuadros clandestina en Aravaca. Con la primavera

la escuela terminó y nos dispusimos a hacer la campaña electoral en las primeras elecciones democráticas que conoceríamos.

Me enviaron a Burgos, a Miranda de Ebro y al día siguiente de salir de la escuela, partí. No deshice la bolsa, cambié la ropa y me llevé la biografía de Aleksandra Kolontái, quien organizó en 1918 el 1º Congreso de Mujeres Trabajadoras de toda Rusia. Necesitaba referentes que me dieran fortaleza personal y política. Para mí fue una situación personal muy dura pero sentía que tenía que dar todo para contribuir a que la democracia fuera realidad.

Íbamos en coche por los caminos rurales y parábamos para hablar con la gente que estaba trabajando los campos, quedábamos en verles más tarde en el pueblo, en el bar para charlar. Tenían miedo, eran localidades pequeñas en donde los votos estaban contados y un voto díscolo se sabría de quién podría ser, era difícil convencerles de que votaran a un partido que no conocían y a través de una mujer y un grupo de hombres todos muy jóvenes y desconocidos. Seríamos unos 5 ó 6. Fue un choque “realista”, en la sanidad movilizábamos a cientos de personas y allí ni nos conocían.

En Miranda por la mañana íbamos a los autobuses que salían para trabajar en el País Vasco, eran obreros y más concienciados, nos escuchaban algo más. Por las tardes trabajábamos con gente del pueblo, en alguna asociación...Con un coche que alguien tenía, y un megáfono recorríamos las calles con las canciones del Frente Democrático de Izquierdas (FDI), que fue el nombre con el que nos presentamos porque al PTE no lo legalizaron hasta julio de 1977.

En organización

Cuando volví a Madrid, me integré en organización, estuve en el Comité Regional. En ese tiempo conocí el partido más ampliamente, fuera del ámbito sanitario. Fui la responsable de varias organizaciones: Standard, Chrysler, Pegaso, El Pozo del Tío Raimundo en Vallecas, Torrejón y San Fernando de Henares y a veces también iba a otras células como la de Universidad, a la ADM, etc.

Valía para un roto y para un descosido.

Una madrugada, una compañera y yo íbamos en mi coche lleno de propaganda para repartir en un pueblo y unos pijos que terminaban su juerga nos acosaron y persiguieron con su coche. Saltándonos todos los semáforos con los pijos persiguiéndonos, paramos delante de la entrada lateral de la DGS, con el coche echando humo porque se había roto la correa del ventilador. El coche que nos perseguía no se esperaba ese giro y siguió por Arenal y otro coche de policía que nos venía siguiendo, paró con nosotras en la DGS. Les contamos lo de los pijos pero no que llevábamos propaganda, nos cambiaron la correa del ventilador y nos recomendaron que tuviésemos cuidado de andar solas.

Era difícil estar en la dirección y ser mujer. Éramos pocas, había camaradas que aunque para el partido fueran muy activos, en sus vidas personales eran muy machistas, incluso violentos y se toleraba en ocasiones “por el bien del partido”. Las mujeres del Comité Regional estábamos en contra de esa condescendencia.

Cuando me encargué de las organizaciones de fábricas, la entrada fue regular, una mujer dirigiendo organizaciones que eran exclusivas de hombres. Les parecía que no iba a saber, que sería blanda. A mi favor tuve dos circunstancias: la primera, que yo me había criado en un barrio más o menos como ellos y que había trabajado en una fábrica, conocía su lenguaje y su ambiente. La segunda, que yo era bastante rígida por aquel entonces y que si había que defender huelga en la asamblea de la fábrica, la preparábamos a conciencia (incluso en Chrysler llegué a entrar con ellos en los autobuses de la mañana y quedarme dentro para ver cómo se desarrollaba la asamblea para después poder analizarla con ellos). A las 7 de la mañana yo estaba ya en el bar donde se reunían antes de entrar, para animarles y recordar los planes. Se jugaban su puesto de trabajo interviniendo y llamando a la movilización.

En El Pozo, pasé una de mis mejores temporadas como responsable de organización. Llegaba por la tarde cuando ya iban llegando de los trabajos y volvía a mi casa por la noche, incluso en ocasiones me quedaba a dormir en casa del responsable y su madre. Eran casas sencillas, chabolas construidas por las mismas gentes que vivían allí. Había mucha organización, la parroquia, el PCE, el PTE, etc. Para mí, fue mi casa

durante ese tiempo y con aquella organización preparé las elecciones generales del 1 de marzo de 1979, a las que ya nos presentamos por primera vez como PTE.

En la izquierda del PCE nos situábamos partidos –como el PTE- que mantuvimos , al menos durante un tiempo, posiciones más coherentes con una trayectoria revolucionaria y socialista. Intentamos mantener la movilización de masas y la defensa de derechos, no aceptar un régimen monárquico heredado del franquismo y nos opusimos a la Ley de Amnistía que incluía los crímenes franquistas. No tuvimos la capacidad, no supimos mantener una política más rupturista y llegar a la mayoría de la población y el sectarismo nos impidió unirnos a otros partidos y aumentar nuestra influencia.

A partir de ahí ya es otra parte de mi historia...

MILITANCIA REVOLUCIONARIA. A VUELTAS CON LAS CIFRAS. LA IZQUIERDA DE LA IZQUIERDA. ÉRAMOS MUY POCOS

Manuel HERRANZ MONTERO

Resumen:

Aquella militancia radical no era demócrata. Soñaban con ir más allá, bebieron en manantiales que surgen del 68, del marxismo y anarquismo, y del cristianismo del Vaticano II, muchos se consideraban revolucionarios y luchaban por una nueva sociedad... pero, no fueron suficientes. Ni empujaban en la misma dirección. Algunos pensamos que tuvieron fuerzas muy limitadas. Otras corrientes actuales mantienen que la Transición fracasó porque aceptaron componendas, de lo cual parece deducirse que eran muchísimos y poderosos, y retrocedieron. ¿De verdad fueron muchos los militantes de la izquierda radical? ¿Cuántos fueron? ¿Qué era un militante?

Manuel Herranz Montero, antiguo militante de Octubre, y bloguero.

Militancias revolucionarias. A vueltas con las cifras

Este trabajo es una aproximación a la militancia de izquierdas, poniendo el foco en la de mas allá, pretende acercarse a cuantificar la extrema izquierda, considerada por sí misma revolucionaria, en parte protagonista de los cambios ocurridos en España desde mediados de los años sesenta, estertores del franquismo y transición, hasta 1982.

Los grandes troncos de los partidos que surgen en esa época PCE-PSUC, VOJ-AST, FLP-FOC-ESBA y ETA, están mezclados en distintas proporciones por *cristianismo, marxismos, (leninismo, trotskismo maoísmo) anarquismo*, encontrados en toda la militancia radical. De ellos surgen por escisión unos cuantos partidos, o salen militantes hacia otros nuevos. Será constante que muchos individuos militen en un grupo y después en otro, produciendo como resultado cifras que inducen a cuantificación por duplica. Alimentado por el enorme activismo que tuvieron se acrecienta su importancia, pero numéricamente fueron pocas decenas de miles coincidiendo al mismo tiempo. *Roca cifra 50.000 en los mejores momentos.*

Existen dificultades para obtener cifras sobre militancia, mayores cuanto más a la izquierda o más pequeños fueran los grupos, las duras condiciones que rodeaban la actividad política fomentaba ocultar datos. Cifras diversas podrían explicarse porque describen realidades distintas, conjuntos de individuos representando conceptos diferentes de compromiso son sumados como iguales; a veces suman militantes de unos y otros tiempos, sin considerar los que abandonaron, que pueden estar en casa o en otros partidos, provocando duplicidad. La credibilidad también sufre por idealización y subjetividad, por no homogeneizar criterios, etc., lo cual invita a tener cierta prevención. Apoyado en la propia experiencia de militancia durante aquellos años, divido el trabajo en apartados que permitan acercarnos.

Objeto de estudio: militancia de extrema izquierda. 1965/1982

Desde mitad de los sesenta, contra el franquismo y durante la transición, lucharon cientos de miles de personas -sumadas en distintos momentos serían millones-,

por muchos lugares, fábricas, universidad y barrios, obreros y estudiantes, también gentes de teatro, cine, prensa; abogados, editores, librerías, colegios profesionales,... incluso hubo minorías en algunas instituciones... De entre aquella multitud, en cada momento, unas cuantas decenas de miles lo hicieron de forma estable y organizada; no solo por objetivos inmediatos, tenían proyectos políticos para sustituir al franquismo y construir una nueva sociedad con ideales revolucionarios.

Antifranquistas hubo monárquicos, demócratas, republicanos, demócrata cristianos, falangistas, sectores de la Iglesia post conciliar, cristianos de base... de entre esas decenas de miles organizados, destacó la militancia del PCE y de la extrema izquierda, también unos pocos socialistas. Y por supuesto los anarquistas, que aun sin representar el protagonismo tenido en la primera mitad de siglo XX, fueron importantes luchadores antifranquistas, que este trabajo deja al margen para mejor ocasión por falta de fuerzas para abordarlo.

A partir de mediados de los años sesenta un conjunto de acontecimientos influye en los sueños de muchos jóvenes españoles que se incorporarán al activismo político: la revolución del 68 en Europa y EEUU, París, Praga, la guerra de Vietnam, las luchas por los derechos civiles-negros, la revolución China, la ruptura Chino-Soviética, las luchas por la independencia en África, el Concilio Vaticano II... curas guerrilleros en América Latina; aquí se empezarán a conocer los movimientos ecologistas, antimilitaristas-pacifistas, -que tomarán protagonismo en los '80-; y el feminismo.

Se incorporan nuevos activistas que junto con escindidos procedentes del PCE, FLP, grupos cristianos y de ETA, configuran partidos situados en sus objetivos declarados más allá de la izquierda, luchan contra el franquismo y contra el capitalismo, pretenden hacer la revolución, socialista, democrático popular, antiimperialista... Son militantes comunistas, marxistas, leninistas, trotskistas, maoístas, anarquistas, cristianos... y feministas, -ellas *doblan* militancia en los grupos anteriores logrando la gran revolución del siglo XX-.

Aproximación al entorno mirando datos de prensa y revistas

El consumo de prensa y revistas permite tener idea del escaso número de interesados por transformaciones sociales, las cifras son referidas a una generalidad amplia de antifranquistas, no solo incluye *radicales*. Aunque muchos luchadores no leyeran, es difícil imaginar muchos cuadros militantes organizados establemente, sin lecturas. Marx, Bakunin, Lenin, etc. dedicaron enorme esfuerzo al estudio ya que muchos desposeídos reducían toda explicación a una pelea y una frase, *'los malos son los ricos, nos explotan'*. Aquellos revolucionarios comprendieron que era imprescindible explicar la realidad y proyectar salidas para transformar voluntades.

'Triunfo' a partir de 1962 fue referente de todas las izquierdas, su tirada era de 57.000 ejemplares, logrando un pico máximo, 160.000, en su reaparición enero 1976, tras secuestro anterior, a partir de entonces cayó imparable hasta su desaparición en 1982; marzo 1978 se escinde 'La Calle' vinculada al PCE, su tirada 20/30.000 –*Triunfo en su época. VVAA, Pléyades 1995-*. Cuadernos para el Diálogo, 1963/1978 referente entre los demócratas, tiraba 40.000 ejemplares cuando cierra.

'El País', referente del conjunto de sectores democráticos y de izquierdas, sale en mayo de 1976, con 100.000 ejemplares, pronto aumentará hasta 150.000. La Vanguardia 180.000 ejemplares. *La prensa del Movimiento, 1975, en sus 38 periódicos tiraba conjuntamente 452.000 ejemplares, (Miquel de Moragas).*

Tras la muerte de Franco aparecieron muchas revistas, no valen las tres grandes referencias, *Cuadernos de Ruedo Ibérico 1965/1979, Triunfo 62/82 y Cuadernos para el Dialogo 63/78*. Los partidos no satisfacen la necesidad de debate en la búsqueda de salidas y aparecen nuevas plataformas. 'El Viejo Topo', la de mayor éxito entre las rojas generalista, tiraba unos 24.000 ejemplares, bajando a partir de 1978 hasta los 17.000.

Vindicación Feminista; Monthly Review, Transición, Teoría y Práctica; Argumentos, La Calle, Materiales, Mientras Tanto, El Cácaro, Negaciones; Ozono, Alfalfa, Butifarra, Bicicleta, Star, El Papis, Saida; Ajoblanco salió en 1974, tiraba unos 26.000,... *En 1981 habían desaparecido más de veinte semanarios y revistas, algunos habían iniciado su andadura después de 1975.* Las revistas teórico-políticas tiraban en

torno a 5.000 ejemplares, la mayoría cierran antes de 5 años; menos las de inspiración socialista, *Sistema, Zona Abierta y Leviatán*. Los libros políticos sacaban ediciones de 1.500 ejemplares, ya en la década de los setenta se publicaban muchos títulos marxistas.

Contextualizando algunas cifras: CCOO, PCE, PSOE

Generalmente se acepta que la mayor fuerza enfrentada al franquismo fueron los comunistas. En los '40, '50 y '60, cualquiera que quisiera luchar contra la dictadura se daba de narices con la realidad de que necesitaba agrupar sus esfuerzos, y encontraba en 'el Partido', el PCE, la mejor estructura que lo permitía, la mayor organización, mejor preparación y empuje para combatir la dictadura. A su lado coexistían grupos cristianos y con menor capacidad grupos anarquistas, que no son objeto de este trabajo.

A partir de la mitad de los sesenta las cosas cambian y la competencia de múltiples grupos y movilizaciones ajenos al PCE aumentaron considerablemente. La existencia de mayores datos sobre el PCE facilita contextualizar cifras de los grupos a su izquierda, lo cual mostrará disparidad con los datos facilitados por la izquierda radical y el control que en realidad éste realizaba de las luchas y organismos sindicales y políticos, lo que solo fue posible con superior fuerza numérica.

*El PSOE en 1974 cuenta con 2.548 afiliados en España, Eduardo Villaverde.
El PCE en 1975 cuenta con 15.000, José Ramón Montero, citando a Carlos Elordi.*

Santos Juliá 'en el interior los socialistas no contaban en 1975 más de 5.000 afiliados y los comunistas 15.000'.

En julio de 1976, CCOO celebra su I Asamblea General en Barcelona; 6.501 delegados eligen el *Secretariado General, las fuerzas del PCE, a pocos meses de morir Franco logran 20 puestos de 27. El resto se lo reparten PTE, ORT, MC, 2 cada uno y 1 el PSP, (Wilhelmi)*. Aunque la correlación no fuera equivalente al 74% que reflejan los resultados, sí habrá que deducir que la mayoría eran apoyos al PCE, superiores a lo

Militancias revolucionarias. A vueltas con las cifras

sumado por el conjunto de fuerzas de extrema izquierda que peleaban dentro de CCOO, lo cual induce a pensar que su militancia conjunta sería inferior al PCE. Otro ejemplo meses después: *Comisión Ejecutiva de la Comisión Obrera Nacional de Cataluña, 1978, de 50 miembros, son elegidos 42 del PSUC, 84%, 3 MC, 2 LCR, 2 independientes, (Joel Sans Molas).*

Gonzalo Wilhelmi, para 1976 considerando solo Madrid atribuye a ORT, 1.600 militantes, 500 al PTE, 200 al PC m-l, 300 al MC, + 300 simpatizantes, 100 a LCR... Enrique Aguilar Galán da afiliados en 1976 a UGT 7.000.

Mayores medios de los reformadores permiten a PCE-CCOO y PSOE-UGT imponerse a los radicales, tanto en el ámbito institucional como en las luchas frenando y encauzando, lo cual consiguen muchas veces dominando in situ numéricamente a fuerzas radicales. Se rompían muchos carnets en las luchas, pero la extrema izquierda no consolidaba apoyos estables, también constatado en las primeras elecciones, entonces, 1977, el PCE fue legalizado, eran *15.000 militantes de cuota. Enrique Aguilar.*

La militancia varía en: 1965/1970/1975/1977/1979/1982

El objetivo son las opciones a la izquierda del PCE, PSOE, pero sus datos en el tiempo permiten situar las fuerzas de extrema izquierda que no lograron rebasarlos, salvo en contados lugares y momentos. *El PCE en 1968/69 son entre 5.000 y 10.000 en España, Carrillo habla de 35.000, contando militantes del exterior; Guy Hermet 'Los comunistas en España'; la suma de PC-ml y PC (internacional), llegaría a 1.000/1.500, sumando la emigración.*

Jorge de Esteban y Luis López 'Los partidos políticos en la España actual' se inclinan por 5.000 para el PCE, citando a Paul Preston.

Nicolás Sartorius, 'La memoria insumisa' da cifras del PSOE, XII Congreso 1972, 2.216 afiliados, Suresnes 1974, 2.584 afiliados.

La militancia fue más dura y más reducida en los sesenta que posteriormente y no encontramos las mismas dificultades en los años 1970 al 75 que años después con mayor permisividad social y legal, en parte lograda por las luchas sociales y la transición a la democracia, ello explica la existencia de un centenar de siglas de partidos, grupos, coordinadoras, sindicatos, agrupaciones.... Detenciones, palizas, cárcel y despidos se produjeron con mayor dureza durante la vida del dictador, aunque después también estuvieran presentes, asesinatos en la transición por ultraderechistas, represión policial, en manifestaciones y huelgas, en acciones de agitación... sobrepasan los 250.

En 1975, 76, 77 aumentó la militancia, período de efervescencia movilizadora, coincide una gran crisis política, intentos de reforma, final de etapa desarrollista que aumentó considerablemente la clase obrera industrial, la crisis del petróleo, continuos toques salariales, crisis industrial, paro... desde dentro de la espiral de movilizaciones era fácil sentir que todo parecía posible. Pero las luchas duraban días, a veces semanas, muy pocas, meses, la movilización de los mismos miles de individuos era ocasional, los activistas pasábamos de unos a otros momentos y lugares, considerar todas las personas movilizadas como militantes radicales organizados establemente resultaba exagerado.

El Equipo de La Vanguardia, cuantifica en 1977, 4.000 los afiliados de LCR; 30.000 los del PCE y 20.000 los del PSUC, y 30.000 PSOE. Tezanos cifra en 51.552 los militantes del PSOE en 1977.

En torno a las primeras elecciones *PTE y ORT conjuntamente podían sumar 15.000 militantes, (Joaquín Aramburu), o 10.000; MC 7.000 (Andy Durgan) o 3.000. LCR 3.500 (Wilhelmi) y OIC bastantes menos.*

Los resultados de las elecciones 1977 son un choque de sueños contra realidad. 535.000 fueron los votos sumados de toda la izquierda radical presentada a elecciones, - abstencionistas, Unión ml, Comités Obreros, PC-UR, CNT, LC, PORE, PC ml, PC r,...- El PCE sacó 1.709.890. Comienza el desencanto que se agravará tras las elecciones de 1979, en las que el conjunto radical obtienen 500.000 votos y PCE 1.938.487.

Siempre hubo trasvases de militantes de unos a otros partidos, aspecto que podría engordar las cifras por contar doblemente; momentos puntuales que aceleraron

los procesos fue la disolución del FLP en 1969, suministró militantes a montones de partidos; después de las elecciones 77, los trasvases de militancia entre grupos socialistas y parte de la militancia radical reforzarán al PSOE.

Jorge Esteban 'Los partidos políticos en la España actual' cifra en pocos cientos los cuadros de: HASI, LAIA, ANV, ESB, conjunto que forman Herri Batasuna tras 1980; citando 'La Calle' para PSUC da 40.000 en 1977 y 20.000 en 1980; 110.000 para el PSOE en 1981. José Ramón Montero sitúa la máxima de militancia PCE en 1981, 160.000.

Michael Buse cifra para 1982, PSOE en 107.000; PCE 200.000; PTE+ORT 18.000; PCOE 9.000; ERC, EE 7.000 cada; LCR 6.000; HB, MC y UPG 5.000 cada; PST 1.000; PC ml 1.000

Después en 1982 los sueños de muchos militantes radicales se desvanecen. Son años de *la crisis del marxismo*, aquí se traduce por el derrumbe de las concepciones revolucionarias clásicas, Stalin, Lenin, Mao, la vía democrático burguesa es imparable, se derrumba la concepción del partido, núcleo de élite representante del sujeto revolucionario, la clase obrera, que se desvanece como tal, florecen otros sectores progresistas, contraculturales que rompen la militancia comunista de compromiso total y entera disposición, común a muchas de las organizaciones de la época.

Existen niveles diferentes de compromiso militante

Las cifras sobre militantes cuantifican realidades diferentes. ¿A quienes nos referimos cuando utilizamos el concepto de militante? Hay cuadros en la mayoría de los partidos con similares grados de compromiso, sus vidas giran en torno al partido y su utopía, pero éstos se encuentran acompañados de otros muchos individuos con niveles diferenciados de militancia. Un militante revolucionario se mantenía establemente activo y sometido a disciplina orgánica durante años, desarrollando proyectos políticos.

En los setenta, un partido podía movilizar en torno suyo a 3.000 activistas, incluso con una cierta estabilidad, -ceranos, afiliados, colaboradores...-, lo podían

lograr menos de 300 cuadros militantes organizados establemente, la tendencia será contar la totalidad. Fábrica en huelga durante semanas, requería necesariamente compromiso y organización: miles de obreros, en asambleas formaban grupos de agitación, apoyo económico, seguridad, información a *mass media*, de relaciones..., decenas de obreros formaban esos comités, no necesariamente coincidentes con los sindicatos -en ocasiones rompían carnets de CCOO y UGT por su comportamiento-, los niveles de dureza, organización y compromiso podían ser altísimos. Pero, ¿Cuánto duraba?...

En la fábrica podían trabajar inicialmente una veintena de militantes de diversos partidos de extrema izquierda ¿Quiénes y cuantos sumarán las cifras tratada como su influencia en revistas e informes? A los pocos meses de finalizar la lucha, los militantes de extrema izquierda que inicialmente trabajaban allí, seguían siendo los mismos. Esta es una constante en luchas de los setenta, fuera en fábricas grandes o empresas pequeñas, bancos o textil, comercio o metal, grandes movilizaciones por las necesidades inmediatas. Lucha contra un despido, puesto en marcha un abanico de formas de lucha, legales e ilegales, en muchas ocasiones se ganaba, pero los readmitidos no se incorporaban a *la radicalidad*, quizás te acompañaban unos meses, dejando de relacionarse al poco tiempo, después, se afiliaban a CCOO, que nunca aparecieron para lograr su readmisión, pero en 1978 tiene 1.824.000 afiliados.

Se podía ser agitador, de palabra y comportamiento vital, repartir panfletos, libros, revistas, realizar pintadas, pegar carteles, en la calle, o también en el trabajo. Podías participar en saltos, -cortar las calles y agitar-, o posteriormente acudir invitado a la manifestación del 1º de mayo. No era lo mismo asistir a una charla, o varias, que acudir a encierros o guardas en las puertas de fábricas, participar en las acciones de apoyo a fábricas en lucha podía hacerse vendiendo cosas para lograr apoyo económico y difundiendo sus luchas con hojas y revistas o realizando asambleas y reuniones. Como contar a quien lo hace un día? o de vez en cuando; muchas cifras no distinguen al activista ocasional del militante con estabilidad organizativa, sometido a disciplina durante años.

Militancias revolucionarias. A vueltas con las cifras

Mucha gente luchaba de forma variada, colaboraba sin acudir a acciones de calle, prestaba casas para reunirse, o para guardar materiales y personas, contribuía económicamente, algo vital para funcionar. Unos pintaban en sus casas carteles o gráficos para propaganda y agitación, otros creaban objetos susceptibles de uso o venta, algunos transportaban, o compraban materiales necesarios, otros vendían prendas, manualidades, libros... Organizar implicaba asignar tareas, todas necesarias, un cuadro militante sumaba gente a la causa, tendría a su alrededor un grupo considerable de colaboradores, además de militantes y activistas con distintos niveles de organización y compromiso. Contar uno, diez o veinte, puede entenderse, aunque seguro que considerar como militantes revolucionarios la cifra mayor llevará a profundos errores de interpretación de la realidad.

Hubo grandes movilizaciones callejeras de pocos días, períodos de luchas de un curso, reivindicaciones concretas en barrios y fábricas de meses, y hubo trabajo permanente de varios años en todos los frentes, organizando y peleando, gente que un tiempo militó en un partido y después militaron en otro. Dificilísimo cuantificar militantes.

Subjetivismo para defender y sustentar postulados políticos previos

La expresión de *'Franco murió en la cama'* indica que la dictadura duró demasiado, no fue derribada. Además de la dureza extrema de su represión, aquella sociedad estaba sustentada en la mitad de españoles, millones de nacional-católicos, franquistas sociológicos, en muy superior número y fuerza a quienes luchaban por acabar con el Régimen, dentro de los cuales, solo una minoría eran extrema izquierda organizada. Aquella amplia base social se constata durante la transición, millones de españoles eligieron preferencias políticas y alternativas concretas decantadas por opciones reformadoras *derechistas, nacionalistas, centristas* y dentro de las izquierdas preferían las opciones revisionistas y reformadoras, marginando a los anticapitalistas, o radicales.

La lucha diaria era titánica, algunos utilizaban impulsos alentadores inflando cifras de movilizados, de seguimiento en convocatorias que reafirmaran las fuerzas porque, parte de la militancia no ingresaba en los partidos por selección contrastada de opciones, entraba por azar, por un compañero que te caía bien, por tu pareja, por amiguetes del barrio o la facultad... el subjetivismo era herramienta para sustentar propuestas políticas que las cifras demostrarían seguía mucha gente.

Las revistas partidistas daban cifras muy altas, pero no eran necesarios varios miles para traer en jaque a la poli durante dos horas, un centenar de individuos pueden hacerlo tras un salto bien organizado. Si varios miles no consiguen formar una cabecera de manifestación en una calle, quizás fuera porque eran cientos y no miles. Si a una convocatoria de apoyo acuden cientos, cuadra mal aceptar militancia de miles. Si el PCE y CCOO frenaba la lucha de la fábrica o sector, mal encaja aceptar mayor militancia que la suya. Miles de militantes no son compatibles con asistencia de cientos en la manifestación del 1º de Mayo. Movilizaciones vecinales, obreras y estudiantiles de miles de individuos fueron habituales, sin ser dirigidas por uno u otro partido, aunque hubiera algunos militantes de múltiples siglas dentro de colectivos; la autonomía de muchas movilizaciones fue habitual, tanto como la auto-adjudicación de *todo cuanto se movía* en la propaganda.

Las cifras son terreno resbaladizo susceptible de herir, además de atentar contra postulados sustentados en ideas como: *el pueblo haría caer la dictadura que solo eran unos pocos; la inmensa mayoría de los españoles en un lado se enfrentaba a la camarilla del Pardo; La gente, todos contra la oligarquía financiera y terrateniente; Los españoles quieren una revolución y están en puertas; no se llegó a ella porque unos pocos, traicionaron a la mayoría revolucionaria del pueblo...* Ideas que no difieren de las actuales '*somos el 99%*'.

Altos números y proclamar victorias, pretenden generar moral de grupo

“Todos los partidos y todas las naciones, así como todas las religiones, saben que los sentimientos compartidos son una fuerza de unidad,... La cooperación, la espiritualidad e incluso el amor podrían añadirse a los ‘patriotismo, fidelidad, obediencia, coraje y compasión’ darwinianos como componentes del pegamento social, pero resulta difícil identificarlos. En cambio hay otra emoción más palpable que está en el centro de muchos credos: el dolor es inmediato, devastador y fácil de reconocer. ‘Ciencia y creencia. La promesa de la serpiente.’ Steve Jones. Turner.2015”

Cooperación, espiritualidad, amor, patriotismo, fidelidad, obediencia, coraje... son términos ampliamente utilizados dentro del movimiento obrero y en las revoluciones. También fue utilizado para construir la sociedad nueva, el dolor como pegamento social. Puede ampliarse el significado de algunos términos religiosos a significados políticos: *iglesia, partido, religión, comunismo, sacerdotes, nomenclatura, clero, élite política, etc.* Muchos comportamientos religiosos se identifican con prácticas políticas y a la inversa. Religión y política son poderosos agentes de exclusión y unión, la dureza de la militancia no facilitaba la suma de adeptos, máxime cuando la utopía desaparece.

Ambos quieren edificar una visión del mundo sustitutiva de la existente, construir una interpretación de la vida con principios ilusionantes, y aterradores; ambas militancias requieren actividad social, exigirán proselitismo, agitación y propaganda sometidos a reglas y normas de organización; ambas promueven la certeza en sus principios doctrinales y su paraíso hasta el enfrentamiento con otras doctrinas que siempre serán falsas; una escisión construirá su identidad no solo a favor de un nuevo paraíso generando otras normas de comportamiento y organización, además, fomentará el odio hacia los otros, -toda identidad se construye con elementos pro y contra-; en ambos casos se fomenta la fe en las propias teorías y sus intérpretes, la adoración a sus obispos, a la élite ejecutiva, acompañada del desprecio a cualquier otra élite.

Ambos, el partido, la secta, consideran ser los únicos fieles interpretes de textos sagrados en los que se apoyan, tienen toda la razón; sus integrantes, sus líderes se comportan como elegidos por el destino, dotados de superior calidad al resto de mortales lo permite definir nítidamente la finalidad, el paraíso hacia el que caminar y

los enemigos a destruir; ambos determinarán los fines a lo que todo queda subordinado, todo es permitido al ir encaminado a lograr el objetivo; las estructuras del grupo premiarán al obediente, asimilarán a quienes defiendan el discurso interno y reprimirán, expulsarán a quienes no se sometan...

Cifras de militancia, a posteriori, pueden caer en idealizaciones

Agosto de 1969, festival de Woodstock; hubo 400.000 personas. A medida que pasó el tiempo las encuestas que preguntaban sobre la asistencia recibían respuestas de millones de personas afirmando haber estado allí. Escucharían a Jimi Hendrix, The Band, Ten Years After, Joe Cocker, Canned Heat, Blood Sweat & Tears, Santana, Crosby Stills Nash & Young, Jefferson Airplane... o Janis Joplin, pero no en Woodstock.

Las cifras sobre militancia pueden estar contaminadas por idealismos; aquello que valoramos queremos resaltarlo. La idealización de vivencias personales es normal siempre que dichas experiencias sean entendidas de manera positiva por el entorno social. Individuos que en su día pudieron estar cerca de la organización X, o que colaboraran en algún momento con ella, podrían definirse como militantes de la misma si con ello obtuvieran reconocimiento, e inflar su número dará mayor relevancia.

Algo similar a lo reseñado sobre Woodstock ocurrió en España. Compañeros de trabajo que nunca movieron un dedo, nunca repartieron un panfleto en la puerta del metro, no asistieron a una manifestación, ni se implicaron en compromiso alguno... eran capaces de decir años después, *'te acuerdas de cuantas manifestaciones hacíamos'*.

Éramos muy pocos militantes de extrema izquierda y la inmensa mayoría de españoles no quería revoluciones, si bien las movilizaciones en el tardo franquismo fueron muy fuertes, lo fueron fundamentalmente con carácter defensivo, contra las agresiones, despidos, sanciones, ritmos, topes salariales, inflación, paro... mas allá era evidente que la gente no apoyaba las opciones políticas que pretendían un *Nuevo Mundo Socialista*; eligieron una sociedad parecida a la francesa, mejora de condiciones de vida

Militancias revolucionarias. A vueltas con las cifras

en barrios, salud, educación, libertades, derechos, formas sociales europeas eran lo deseado por la inmensa mayoría.

La actividad política de la extrema izquierda fue muy importante, hasta el punto de *torcer la rama a un lado*, lo suficiente como para que la resultante de la Transición no fuera totalmente continuista, pero las fuerzas radicales quedaron lejos de sus objetivos expresados en documentos, lo cual lleva a preguntarse ¿por qué? Una de las respuestas podría ser: *porque éramos muy pocos*. Éramos pocos en relación al conjunto de los que se enfrentaban al franquismo por mejorar sus condiciones de vida, pero no por la revolución, pocos en relación a la suma de antifranquistas y/o demócratas que pretendían reformas, incluso pocos en relación a las fuerzas de izquierdas que apoyaron la *ruptura/reforma pactada* en la senda democrática.

SOBRE LA NECESIDAD DEL RECONOCIMIENTO DE LA GENEROSIDAD DE LA RESISTENCIA ANTIFRANQUISTA

Mariano MUNIESA

Resumen:

Durante el tardofranquismo, un sector importante de las fuerzas a la izquierda del PCE optaron, frente al llamado “Pacto por la libertad” por intensificar la lucha contra el franquismo a todos los niveles. La consecuencia fue una represión brutal en la que el proceso de Burgos, los fusilamientos de miembros de ETA y FRAP de 1975 o la ejecución de Salvador Puig Antich, son ejemplos de esa represión en el marco de una lucha cuya característica más notable fue su generosidad y su valentía. El reconocimiento y la puesta en valor de ese sacrificio sigue siendo una exigencia histórica que se debe satisfacer cuanto antes.

Mariano Muniesa. Escritor y periodista, autor entre otros libros de “La Caza de Brujas, Cenmsura y Represión contra el rock vasco”, “Nelson Mandela, el hombre que sedujo al mundo” y más recientemente, “FRAP, Memorial oral de la resistencia antifranquista”, recopilación de testimonios y vivencias de diversos miembros del FRAP sobre como vivieron su lucha.

Fue dirigente estudiantil en la Universidad Complutense y militante de la Juventud Comunista de España (marxista-leninista) y del Partido Comunista de España (marxista-leninista) entre 1985 y 1992.

Durante el tardofranquismo, un sector importante de las fuerzas a la izquierda del PCE optaron, frente al llamado “Pacto por la libertad” por intensificar la lucha contra el franquismo a todos los niveles. La consecuencia fue una represión brutal en la que el proceso de Burgos, los fusilamientos de miembros de ETA y FRAP de 1975 o la ejecución de Salvador Puig Antich, son ejemplos de esa represión en el marco de una lucha cuya característica más notable fue su generosidad y su valentía. Valentía, generosidad y esfuerzo que en el contexto social y político de la transición española, continúa en este periodo, aportando a las luchas sociales que han marcado nuestra historia más reciente una capacidad de trabajo y de experiencia política sin la cual, sería difícil entender muchas de las claves de la situación política tanto de aquel momento como del actual.

Tras el fallecimiento del dictador, esas organizaciones anti-franquistas que venían denunciando como el “Pacto por la libertad” iba a facilitar la estructuración de un régimen político continuación de la dictadura, formalmente democrático, pero que iba a estar tutelado por las mismas élites políticas, económicas e incluso militares que habían sustentado todo el aparato institucional de la dictadura franquista, no habían logrado alcanzar la suficiente fuerza ni en el movimiento obrero, ni en el movimiento estudiantil, ni en otros estamentos como para poder crear una auténtica alternativa política de ruptura, de cambio real a lo que iba a ser lo que se conoce como la transición.

En tanto en cuanto la operación política de la transición fue presentada a la sociedad española a través de toda la red de medios de comunicación del estado, con la connivencia de los medios privados más relevantes, no solo como un proyecto de evolución política favorable a la democratización real de la sociedad, sino sobre todo como el único proyecto político posible, la debilitada incidencia de las organizaciones que no apoyaron ese proceso en la vida política se acentuó aún más.

La inexistencia de una continuidad en la política de alianzas como la que por ejemplo, originó la creación del F.R.A.P, el mantenimiento en la clandestinidad de alguna de las más significadas, como el PCE (m-l) por ejemplo, que no fue legalizado hasta febrero de 1981 y la presión política que los centros de poder ejercieron para tener

La generosidad de la resistencia antifranquista

más controlado todavía todo el proceso de transición, -caso por ejemplo, del comunicado hecho público por la cúpula del ejército en abril de 1977 manifestando su repulsa a la legalización del PCE y la velada advertencia de intervenir si el proceso ponía en peligro determinados valores- llevaron a esas organizaciones a un papel casi testimonial dentro del nuevo marco político que se abría, con la excepción de Herri Batasuna y de los movimientos de la izquierda abertzale en el ámbito de Euskalherria. Ninguna de las organizaciones de la izquierda antifranquista radical (MC, LCR, ORT, PCE (m-l), etc.) consiguió ni en las elecciones de 1977, 1979 ni de 1982 representación parlamentaria, ni tampoco una presencia notable en los gobiernos municipales y autonómicos, lo cual fue otro factor determinante para que su discurso político se diluyera e incluso desaparecieran, como sucedió en 1980 con el PTE-ORT. De igual modo, en el referéndum sobre la aprobación de la constitución de 1978, la llamada a la abstención o a votar en contra de su aprobación tampoco encontró eco en las capas populares a las que aspiraba a representar.

Ahora bien ¿cabe decir entonces que los militantes antifranquistas de esas organizaciones abandonaron la lucha política o se limitaron a mantener unas sedes, unos mínimos aparatos de propaganda y una presencia testimonial en las luchas populares? No, y a la hora de analizar alguno de los momentos relevantes del periodo de la transición, es importante señalar como el concurso de muchos de esos militantes, tanto si permanecían en esas organizaciones como si se posicionaron en otros partidos, colectivos, sindicatos o asociaciones.

Cuatro ejes fundamentales marcan la influencia de la izquierda radical post-antifranquista desde finales de los años 70 a lo largo de la década de los 80:

En primer lugar, la lucha en el movimiento sindical. A pesar de que partidos como el PCE (m-l), el PTE o la ORT intentaron impulsar centrales sindicales controladas por esos partidos (la AOA Asociación Obrera Asambleísta, el CSUT o el Sindicato Unitario respectivamente) pronto decidieron enfocar su trabajo en el movimiento obrero dentro de las dos grandes centrales sindicales, especialmente CCOO. Gracias a su concurso, el sindicalismo en España en ese periodo tuvo un carácter esencialmente reivindicativo, muy apegado a la lucha obrera, ganó en

organización, vinculación con el movimiento vecinal y ciudadano y logró hitos tales como la masiva y exitosa huelga general de 1988

En segundo lugar, el impulso a los nuevos movimientos sociales. Desde comienzos de los 80, cuestiones como las luchas por la objeción de conciencia al servicio militar, los derechos de las mujeres, la ecología o el reconocimiento de los derechos de los homosexuales y lesbianas, que tardaron mucho en ser asumidos por los partidos de la izquierda institucional, se canalizaron a través de organizaciones como el MOC o la Asamblea de Insumisos, las organizaciones feministas, AEDENAT o la Coordinadora de Gays y lesbianas que como en el caso del movimiento obrero, ganaron en organización, fortaleza interna y capacidad de penetrar en el tejido social y cultural merced al trabajo de esa militancia del anti franquismo más decidida.

En tercer lugar, el antiimperialismo y la solidaridad internacional. Esta cuestión, que propició en el caso del rechazo a la presencia de bases americanas en España y la movilización contra la OTAN la unión en diversas plataformas y coordinadoras (Plataforma Cívica, Comisión Anti-Otan) de la práctica totalidad de la izquierda, tanto la representada por el PCE como la encarnada en todas las organizaciones a su izquierda tuvo una importancia capital en la política española de la década de los 80, logrando que se presentase una Iniciativa legislativa Popular en el Congreso para retirar las bases americanas, y crease una inmensa movilización popular por el NO en el referéndum OTAN de 1986, a raíz de cual se creó Izquierda Unida como organización política que se presentaría a las elecciones de junio de aquel mismo año. A través de los comités de solidaridad con Nicaragua, Colombia, Palestina, Sahara occidental, etc. el ideal de la solidaridad internacional se mantuvo vivo como una de las principales señas de identidad de la izquierda post- antifranquista.

Finalmente, la permanencia de la memoria histórica y la denuncia de la represión terrorista del régimen de Franco, tanto en la guerra civil y la posguerra como durante toda la dictadura e incluso en los primeros años de la transición no dejarían de ser una constante en la lucha política. La denuncia del terrorismo de estado llevado a cabo por el Batallón Vasco-Español, las bandas ultraderechistas como Fuerza Nueva o Guerrilleros de Cristo Rey o el GAL siempre estuvieron en el primer plano de la lucha,

La generosidad de la resistencia antifranquista

así como el homenaje y recuerdo a las víctimas del franquismo, por la reinstauración de la República y la condena del franquismo han sido unas luchas que hoy han conseguido que aunque de manera muy trabajosa y poco satisfactoria, exista hoy una ley de memoria histórica destinada a reparar jurídica y moralmente a los represaliados por el franquismo, o que hoy exista una querrela abierta desde Argentina contra los autores, materiales o intelectuales de los crímenes del franquismo impulsada por la Asociación La Comuna de Pres@s del Franquismo.

COMPROMISO POLÍTICO Y VIDA, LA EXPERIENCIA MILITANTE DE LA ORGANIZACIÓN DE IZQUIERDA COMUNISTA

Joel SANS MOLAS

Resumen:

El modelo de militancia bajo el franquismo comportaba una enorme entrega y compromiso. En esta comunicación se entrará a analizar el vínculo entre la implicación política y la vida de las personas que militaron en la Organización de Izquierda Comunista (OIC) con la intención de entender esta dimensión de las organizaciones revolucionarias a través de poner la persona y sus vivencias en el centro del estudio histórico. A partir del trabajo de entrevistas a ex-militantes se reseguirán dos aspectos principales. El primero, mostrar cómo se vivió en los años 70 la relación entre la esfera política y la esfera personal, las fricciones entre sí y qué cambios personales conllevó el compromiso militante. El segundo, ver, desde el presente, la valoración que hacen las personas entrevistadas de su paso por la OIC y qué implicó esa experiencia militante en su trayectoria personal.

Joel Sans Molas es licenciado en historia (2010), máster en historia contemporánea (2012) y actualmente becario pre-doctoral por la Universitat Autònoma de Barcelona realizando una tesis doctoral sobre la militancia de los Círculos Obreros Comunistas y la Organización de Izquierda Comunista (1971-1979). Ha realizado en los últimos años diversas comunicaciones sobre el fenómeno de la izquierda revolucionaria en el Estado español durante los años 70, sobre el radicalismo obrero y sobre los orígenes y la militancia de la OIC.

La militancia política de los años 70 fue un fenómeno que supuso una gran entrega e intensidad para las personas que lo vivieron*. De la diversidad de enfoques posibles sobre la cuestión de la militancia esta comunicación sobre el caso de la OIC quiere prestar una atención especial a la relación entre las personas y la política y a cómo se vivió la dimensión vital. Este tipo de enfoque creo que añade una pata más a la comprensión de porqué la gente se involucra fuertemente en organizaciones revolucionarias, que crecen enormemente en un período, y porqué después -en el momento de la transición- hay una desimplicación significativa, abandonando la militancia o reduciendo en buena parte el activismo.

En cierta manera planteo que la adscripción política va más allá de una parte racional-intelectual asociada a un sistema de ideas ordenado y asumido conscientemente. A través de la política se vehiculan muchos aspectos del ser humano que superan lo estrictamente ideológico: inquietudes, anhelos, deseos, fidelidades, sentimientos, pulsiones vitales, relaciones sociales y de amistad... Como bien se explica en un artículo sobre el activismo juvenil en Albacete, frente a la visión funcionalista de la política, la militancia “si bien no puede ser tildada de irracional tampoco respondió simplemente a la cruda y fría lógica del cálculo aséptico entre costes y beneficios, pues en buena manera estuvo fundada en el compañerismo, confianza y solidaridad entre aquellos que compartían lo que entonces no alcanzaba sino la categoría del deseo”.¹

Para el tema que nos ocupa las fuentes orales aparecen como la fuente privilegiada ya que, la posibilidad de hablar con las personas que vivieron en el momento, las hace ser mucho más que un complemento a las fuentes escritas. Por ello esta comunicación se apoya principalmente en el testimonio de antiguos militantes de la OIC.

*Esta comunicación está vinculada al proyecto de investigación, "Culturas políticas, movilización y violencia en España, 1930-1950" (Ministerio de Economía y Competitividad, HAR2014-53498-P), forma parte del proyecto de tesis doctoral del autor y está financiado por el programa FPU del Ministerio de Educación.

¹Martín García, Óscar José, González Madrid, Damián y Ortiz Heras, Manuel, 2009: “Envenenando a nuestra juventud. Cambio de actitudes y bases de la militancia juvenil durante el segundo franquismo”, *Historia Actual Online*, n.º 20, otoño 2009. p. 30.

La relación entre política y persona

La izquierda revolucionaria desarrolló un tipo de militancia caracterizada por un alto compromiso personal hacia el partido y la causa, una gran dedicación en tiempo y en el que las tareas políticas impregnaban buena parte de la vida de la persona, desde las actitudes en el centro de trabajo y estudio, hasta decidir el sitio donde vivir o el puesto de trabajo en función de como ello podía contribuir a la labor política. Este tipo de modelo, de militancia total, no era exclusivo de la izquierda radical, sino que también estaba presente en las filas del PCE-PSUC y, más en general, se encontraba en cierta forma en el ambiente del intensivo activismo antifranquista. El tipo de militancia de la OIC se desarrolló, con sus especificidades, dentro de este esquema de contornos muy exigentes. La Organización de Izquierda Comunista, de carácter marxista heterodoxa y consejista, planteaba incluso en los estatutos de 1977, que suponían entonces una apertura respecto el modelo de militancia de la clandestinidad, una interpenetración importante entre la vida de la persona y la política: “Entendemos por militante comunista aquel que establece una fecunda y revolucionaria fusión entre la vida política y la vida personal o privada, entendiendo que la lucha por el comunismo es algo totalizador en la vida de cada hombre o mujer.”² Esto no solamente aparecía en los estatutos, sino que queda bien reflejado en las entrevistas a antiguos militantes.

La relación entre la persona y la política no es sencilla, ni directa, sino que hay una intermediación de una multiplicidad de elementos: el contexto socioeconómico y político, tanto en la España franquista como en la dimensión internacional de auge de contestación; el entorno de sociabilización, con la familia, en primera instancia, y los espacios donde se ha vivido, lugares de estudio y de trabajo, en segunda, desde los cuales hay una transmisión de valores, actitudes e identidades; la propia experiencia de involucración y activismo, con un poso de vivencias y emociones; la pertenencia a la organización y la cultura política y modelo de militancia que ésta plantea; un sistema de

²“Estatutos de la OIC”. Organización de Izquierda Comunista, [1977]. Archivo Personal de Andy Durgan, cedido a Joel Sans.

creencias, con la ideología como principal eje estructurador; la propia personalidad de la persona; o los anhelos e inquietudes vitales de la persona.

El compromiso político permite a la persona configurar una comprensión sobre el mundo y posicionarse en relación a él. La política puede ser la canalización específica de ciertas preguntas y anhelos de sentido vital, una forma de socializarse en un determinado entorno o a la reacción frente a una determinada situación social y política que se cualifica de injusta, la cual cosa ayuda a dar sentido a su vida y a configurar la propia subjetividad.

Esta capacidad de proporcionar sentido se muestra en la militancia juvenil en Albacete, en la que, a partir de la relación compañerismo, lazos de amistad y militancia:

El objetivo político fue progresivamente impregnando e incluso apoderándose de facetas antes exclusivas de la cotidianidad. Tanto, que la militancia se convirtió en una poderosa fuente de sentido vital al comportar, como nos relataba una militante comunista, ‘una situación en la que no había marcha atrás’ sin antes traicionar la ‘propia identidad’.³

Dentro de la relación militancia política y vida encontramos un indudable componente generacional. La juventud tuvo un peso decisivo en nutrir el antifranquismo y en dinamizar la movilización, así, el 67% de los procesados por el Tribunal de Orden Público eran menores de 31 años.⁴

En la OIC también fue muy claro este factor. De la treintena de entrevistas realizadas a antiguos miembros de la organización la mayoría nacieron entre mediados de los años 40, con algunas nacidas al inicio de los años 40 (y una excepción de una persona nacida en el año 1937), y mediados de los años 50 (siendo la más joven nacida en 1957). Esto significa que el grueso de las personas entrevistadas tenía en 1975 entre veinte y treinta años.

Una componente de edad que muchas veces se manifestaba también como ruptura generacional con los padres. Los y las jóvenes querían manifestar otra actitud hacia la política y las pautas sociales establecidas. Aunque las familias fueran de

³Martín García, Óscar José, González Madrid, Damián y Ortiz Heras, Manuel, 2009: “Envenenando a nuestra juventud. Cambio de actitudes y bases de la militancia juvenil durante el segundo franquismo”, *Historia Actual Online*, n.º 20, otoño 2009. p. 29.

⁴Martín García, Óscar José, González Madrid, Damián y Ortiz Heras, Manuel, 2009: “Envenenando a nuestra juventud...” p. 21.

La experiencia militante de la Organización de Izquierda Comunista tradición de izquierdas o republicana el peso del miedo era considerable. Así, como muestra el testimonio de la militante de la OIC Dolors Igual, aunque su padre tenía un claro posicionamiento antifranquista y se hablaba abiertamente de política en casa, la actividad política era vista con ojos completamente distintos:

Mon pare me va pillar uns panfletos i bueno, se moria eh?, li tremolava la mà, se volia morir, perquè tenia el pànic eixe que deia 'és que a ti te pillarán, tu no sabes te meteran en la càrcel, perquè eres hijo de quien eres' i a mi clar, jo era... tenia 16 anys i a mi lo que me deia mon pare, que era un abuelo pa mi me pareixia una bobada.

En su evolución política Dolors desarrolló el sentimiento de querer ir más allá que su padre, hacia posiciones revolucionarias:

Clar jo no era d'estos d'això, de fills de franquista que ens fem antifranquista i ja fem prou, sino que nosaltres havia de ser alguna cosa més, antifranquista no era prou, perquè això ja ho era mon pare (...) o ser demòcrata no era prou... (...) Antifranquista ja és mon pare, jo he de ser alguna cosa més que antifranquista.

Dolors también muestra cómo se vivía una ilusión muy grande por lo que se estaba haciendo, con la idea que se estaba construyendo un nuevo mundo y que éste estaba a tocar con la mano:

És que teníem 19 anys, 20, i el món era... era tot, no sé, estava com tot per construir, no?, era una sensació eixa, clar, eres jove, tens il·lusió, el franquisme te fa por però clar ja era al final, bueno no, que passaven putades i hi havia gent que la torturaven, això ja te dic, a mi me van posar la pistoles dues vegades allí en el cap, eh?, quan anàvem a repartir a la Ford, veus?, propaganda de l'OIC, la policia això de parar-te el cotxe i pum! no? La pistola eh?⁵

En un contexto y caso muy distinto la militante Lourdes Ponce explicaba cómo había vivido esta distancia generacional con su familia, con unos padres religiosos, monárquicos y conservadores:

[Los hermanos mayores] han sido siempre mu, a las diez en casa, de tal, de cual, y de repente les sale la pequeña de la generación del 68, pues claro para mis padres fue un choque, un choque tremendo. Y, sin embargo, yo no lo he vivido mal, o sea lo he vivido con broncas.

⁵Entrevista a Dolors Igual (militante universitaria y vecinal de la OIC en Valencia), Castelló, 22 de juny 2016. Todas las entrevistadas usadas han sido realizadas por Joel Sans excepto las que tengan otra indicación.

Hay pequeñas anécdotas que muestran como van cambiando actitudes y se van rompiendo los moldes establecidos de comportamiento a partir de gestos de rebeldía juvenil. Así Lourdes explica que su padre reconocería en una reunión familiar:

A mí me vais a decir lo que cambian los tiempos, mis hijos hasta que no han hecho la mili no les he dejado fumar delante de mí. Y esta, mujer [Lourdes] y con dieciocho años, ni me pide permiso, tiene el valor de venir y decirme que le dé fuego.⁶

Por su lado, Enrique Pérez explica la gran capacidad de dedicación militante a través del convencimiento que tenían, pero también ayudado por el dinamismo de ser jóvenes:

Yo creo que la energía la sacas del convencimiento, esto hay que hacerlo y hay que hacerlo. Por eso no había horas, no? Era la cosa que tenías que hacer como persona y como tal, y como pueblo, 'esto hay que hacerlo', y bueno, y eso y que tenías veinti... pocos años (ríe).⁷

Sacrificio y vida

En el modelo de militancia que se plantea desde la OIC tendió, especialmente durante la clandestinidad, a supeditar la persona a las necesidades políticas de la causa y de la organización, a través de una moral exigente. Como dice Ferran Saro, militante obrero de la OIC:

La dedicació anterior, en els anys, diríem en els anys 70, la dècada dels 70, era una exclusivitat a la política i a la lluita i al compromís era el 100%. Per sobre de tot, eh! Era una cosa!... Era la militància, no?. Saps? No sé, era com una cosa de disciplina, no? Fins i tot tenies problemes de consciència si fallaves a una reunió. Problemes... Saps? Era com un patiment, no? Eres, eres feliç perquè era lo que volies i perquè era la realització col·lectiva en el canvi.⁸

⁶Entrevista a Lourdes Ponce Noria (militante obrera de la OIC en Barcelona), 11/01/2000 a 10/02/2000. realizada por Conchi Villar y transcrita por Raquel Oliver. Fundació Ciprano Garcia-Arxiu Històric de la CONC (AHCONC), fondo de Història Oral i Militància Sindical. Biografies Obreres (1939-1978).

⁷Entrevista a Enrique Pérez Cañamares (dirigente de la OIC en Madrid y en el ámbito estatal), Valencia, 22 de juny 2016.

⁸Entrevista a Ferran Saro Madrilejos (militante obrero de la OIC en Santa Coloma de Gramanet), 13/12/2001 a 10/05/2002, realizada y transcrita por José Manuel Hidalgo Ramírez. Fundació Ciprano Garcia-Arxiu Històric de la CONC (AHCONC), fondo de Història Oral i Militància Sindical. Biografies Obreres (1939-1978).

La experiencia militante de la Organización de Izquierda Comunista

Este tipo de modelo tendría en varios casos afectos en la comprensión de la esfera personal. En este sentido Muñoz-Saldaña plantea, en estudio sociológico sobre el compromiso político, que esto llevaría incluso a una ‘alienación militante’, ya que el tipo de política finalista revolucionaria provocaría un distanciamiento del presente y las formas de lucha tendrían un valor no por ellos mismos sino como medios para el objetivo a conseguir:

Muchas veces en el camino hacia la "liberación" de un mundo sin alienación, los militantes terminan presentando rasgos de alienación en su propia subjetividad, lo que llamamos la "alienación militante". Se presenta una lógica sacrificial de anulación del "yo", un distanciamiento de los "otros" compañeros quienes poseen "menor consciencia" que los militantes, además de una separación con la llamada "vida personal".⁹

En el análisis que hace Muñoz-Saldaña habla de otro tipo de estilo militancia, más de matriz libertaria, que pondría “especial cuidado en el "cómo" se realizan las relaciones sociales” y se trataría de llevar a cabo “políticas prefigurativas”, a partir de “formas básicas no-autoritarias en el presente, para construir hoy la sociedad que queremos”.

Hay en lo que comenta este autor hay buena parte de verdad. De hecho el concepto de «alienación militante» es muy ilustrativo y sugerente. La propia adscripción al partido y la causa terminaría relegando a un segundo plano una parte del espacio vital de la persona. Esto es algo que pasó en distintos grados y que es explicitado en las entrevistas, donde se señala el alto peso que tenía el sistema de creencias ideológico en la propia vida y la gran dedicación de tiempo, y se muestran las dificultades del balance entre la implicación política y otros aspectos vitales.

Ferran Saro cuenta como el compromiso político le llevó a tener una menor implicación hacia sus dos hijos algo que a posteriori ha visto críticamente: “Jo súper polititzat, dedicant menys temps als temes familiars, no? Això és un dels meus errors, no?”. Una anécdota ilustra la enorme focalización mental en lo político. Cuando nació su segundo hijo estuvieron dos o tres días en el hospital y después llevaron el bebe a

⁹ Nicolás MUÑOZ-SALDAÑA: «El énfasis en el "cómo" nos relacionamos/vivimos: la forma de vida en el tejido social como dispositivo biopolítico microgubernamental», en *XXIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*, Chile, 2013. Disponible en: http://actacientifica.servicioit.cl/biblioteca/gt/GT31/GT31_MunozSaldana.pdf

casa pero él no llegó a subir porque fue directamente a una reunión de la Asociación de Vecinos:

Arribem a casa i jo, encara abans de pujar, me'n vaig a una reunió per preparar la verbena, tu! O sigui, jo no pujo a casa meva! Arribo al barri, deixo la meva dona i me'n vaig! (...) O sigui, això és increïble, no? (...) Però és clar, la verbena s'hagués fet igual, eh? (...) Tant important tenia que ser que jo anés allà a preparar un tema de l'Associació?¹⁰

Incluso el tema de la reunión no era muy importante, pero ilustra muy bien el sentido de compromiso y responsabilidad política que se tenía y que pasaba por encima de aspectos personales. El cambio de época que marcó el inicio de la democracia llevó a Ferran Saro a continuar en la política, después ya en el PSUC, pero con otra perspectiva que suponía un giro respecto el modelo de militancia total de los años 70:

Quan es normalitza en democràcia i tot, clar jo també faig un canvi, no? Per exemple, els temes d'esports, no? A mi la política em va treure l'esport. Després un altre cop he tornat a ficar-me en l'esport.

L'estat polític va passar a no ser el centre en el qual girava tota a la meva vida. Però sense un desencantament!, no? Sense dir 'no, escolta...' sinó que és un canvi de prioritats, no?

Toni Pons también explica como la involucración militante le conllevó, ya en sus inicios en el seno de la JOC, a dejar unos estudios de piano que le llenaban en buena medida. Solamente recuperaría la práctica del instrumento hasta muchos años más tarde, después de jubilarse.¹¹

Otro militante, Jorge Nuñez, Secretario General de las Juventudes de la OIC, dejó la militancia a los inicios de la democracia al mismo tiempo que recuperó el teatro (de hecho llegaría a ser más adelante un reconocido actor):

Yo había tenido que abandonar la Escuela de Arte Dramático y todo eso por la militancia, y dije 'pero si donde realmente yo soy feliz y donde me siento creativo y donde encuentro el sentido de la vida es dedicándome a cuestiones artísticas'.¹²

¹⁰Entrevista a Ferran Saro Madrilejos.

¹¹Entrevista a Toni Pons (dirigente de la OIC en Mallorca y Córdoba), Córdoba, 09/03/2016.

¹²Entrevista a Jorge Nuñez (Secretario General de las Juventudes de Izquierda Comunista), Madrid, 24 y 26 de junio de 2016. Entrevista citada bajo seudónimo.

Andoni Etxebarria, un líder obrero de la OIC de Euskadi, hace una valoración global crítica a cómo el comportamiento militante afectaba en su caso a las relaciones personales:

Otro de los grandes problemas de la época, las vidas de relaciones personales eran... no existían, eran casi inexistentes, mm?, nuestra... yo hablo por mí, eh?, nuestra gran dedicación era... dedicación a la causa, mm? Entonces, con lo que era la pareja o... siempre estaba la causa por medio, eh?, si no estaba la causa por medio la pareja de uno era un estorbo, eh? (...) Era un vivir para la causa sin vivir para la vida o algo así, mm?, aunque la vida sí está en la causa, pero, para que... Pues yo de allí saco la conclusión de que... la causa, de las creencias, es una pata para caminar, pero si la parte humana, la vivencial, no la llevas pareja a ella o no va por delante de ella, pues, bueno, a la larga no funciona, no resuelve, sí.¹³

Estos casos no son plenamente generalizables, hay personas que lo vivieron de forma distinta, pero sí que reflejan una tendencia que estuvo muy extendida, de alienar esferas de la propia persona en favor de la causa.

¿Cómo se puede explicar que se produzca esta alienación militante, en organizaciones que justamente propugnaron la liberación social? A mi entender hay una suma de factores. Tenemos el contexto político, con un régimen como el franquista al que se ve cercano de derrocar. Encontramos la vivencia luchas, en las que se experimenta la solidaridad, la unión y la fuerza que hay en la capacidad colectiva de organizarse y de enfrentarse a la dictadura y los patronos. Hay la experiencia de la represión y de la clandestinidad, frente a la cual se requiere una ética de sacrificio. La propia propuesta política, de carácter finalista, tiene visos de supeditar el presente y la práctica, pues ante la idea de la revolución mundial la propia vida personal aparece como algo secundario. Ligado a esto, la organización proporciona un sistema de creencias muy vertebrado, que provee de una explicación del funcionamiento del mundo y que tiene una propuesta potente de cambio global, de acción y de militancia, lo que da un convencimiento mental grande. Finalmente, se produce también una transferencia del ego personal -el ego entendido como construcción del yo- al ego colectivo de los marcos organizativos a los que se pertenece, el partido o, en menor medida, los espacios de los movimientos sociales. Un ego colectivo que permite superar aspectos de individualismo y egoísmo, y por lo tanto actuar desinteresadamente, sin

¹³Entrevista a Andoni Etxebarria (líder obrero de la OIC en Vitoria), Zumaia, 12/12/2014. Entrevista citada bajo seudónimo.

motivaciones de mejora directamente personales, pero que al mismo tiempo crea una dinámica de comportamiento grupal con nuevas identificaciones colectivas y de compromiso hacia la organización y de defensa de ella. El proceso de creación de una identidad político-ideológica es uno de los vectores de esta transferencia de lo personal hacia lo colectivo. Una identificación en ser militante, obrero, anticapitalista o revolucionario, que define la propia persona, que refuerza el sentido de sí, a partir de algo exterior a sí mismo. Como señala Domènech para el caso del PCE, en la nueva vida militante “el yo se diluye en el nosotros, un nosotros entendido como los comunistas y, más allá, como el ‘pueblo’. Este nuevo yo tiene un pasado, una tradición común que identifica los signos de identidad histórica que son propios de este nosotros”.¹⁴ Sin embargo, la materia prima del colectivo, que es el individuo, continua teniendo más dimensiones que la política, aunque estas otras no estén potenciadas por el marco político-organizativo, por lo que aquí se pueden generar disonancias entre lo personal y el marco colectivo.

Dicho esto y asumiendo que este tipo de militancia revolucionaria podía comportar matices de “alienación”, cabe incluir que también hacía crecer a la persona, en empoderamiento, en capacidad de acción, de organización y en formación intelectual, entre otros aspectos. Hay un aprendizaje vital a la par que político. Como dice Enrique Pérez Cañamares, la militancia daba un punto de referencia a la persona y una mayor comprensión:

No podías ser inmune a lo que estaba pasando en los últimos años del franquismo, ni mucho menos, tenías que tomar posiciones, no? (...) yo creo que ese aprendizaje humano tuvo unas partes muy buenas, eres capaz de entender el mundo.¹⁵

Además, en general el recuerdo que se da en las entrevistas para este tipo de práctica militante es positivo, de haber hecho algo que era necesario hacer. También cabe tener en cuenta que es habitual en el recuerdo otorgar una preeminencia positiva al pasado. Es algo que encontramos de forma similar en los estudios sobre el PCE: “La

¹⁴Xavier DOMÈNECH SAMPERE: “Cenizas que ardían todavía. La identidad comunista en el tardofranquismo y la transición” Manuel BUENO LLUCH y Sergio GÁLVEZ BIESCA (eds.): *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas-Atrapasueños, 2009. p. 118. .

¹⁵Entrevista a Enrique Pérez Cañamares.

La experiencia militante de la Organización de Izquierda Comunista militancia política – con su doble y ambivalente sentimiento de amputación o alienación personal y enriquecimiento-, parece percibirse por los antiguos militantes más en esta segunda dimensión que en la primera”.¹⁶ Por ejemplo, Ferran Saro no se arrepiente de sus ideales, pero sí que es crítico con el balance del tiempo que dedicó a la familia, algo común en otros casos. Otro testimonio de la ambivalencia lo da Andoni Etxebarria:

Mi pasado militante me ha dado valor y ha debilitado mi grado de afectividad, eh, la militancia en un contexto... es una situación dura, y o te pones a las duras o no te pones.

Me ha dado valor, sí, bueno, conocimientos a un nivel, pero me ha hecho creer también que soy... que tengo conocimiento más de lo que creía tener, mm?, y cuando uno cree saber más de lo que cree, entra la parte de la ignorancia y eso es muy peligroso también. (...) cuando uno cree que está en la posesión de la verdad, hostia puta, puede hacer cualquier barbaridad, eh?¹⁷

Ciertamente hubo una cierta polarización entre las dos actitudes militantes que comentaba Muños-Saldaña, entre un compromiso militante más estricto, en base a una actividad política estructurada en las organizaciones revolucionarias y bajo una disciplina importante y otro estilo de vía más «hippie», de cambio en las formas de vida y en potenciar la autonomía de la persona o los colectivos. Sin embargo, la separación entre ambos no sería tan marcada tampoco, sino que habría puntos de cruce, pues ambos componentes son dos dimensiones del mismo momento de efervescencia de alternativas. En el caso de la OIC, la política, aunque buscara el objetivo finalista de la revolución, da valor por sí mismos a los medios planteados: la autoorganización y la democracia obrera, vinculadas a su propuesta consejista, eran cuestiones a implantar ya en el presente y no se trataban una abstracción, pues se ligaban muy bien a las experiencias huelguísticas radicales existentes en el momento. Por otro lado, y aunque no formara parte de la política de la organización propiamente dicha, pero en cierta manera sí en consonancia con el ideal comunista, en una parte de la militancia se encontraban intentos de cambiar las formas de vida del presente, aunque no fuera reivindicado o teorizado de forma abierta.

¹⁶Francisco ERICE SEBARES: “El ‘orgullo de ser comunista’. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles” en Manuel BUENO LLUCH y Sergio GÁLVEZ BIESCA (eds.): *Nosotros los comunistas*.... p. 182.

¹⁷Entrevista a Andoni Etxebarria.

En Córdoba, los militantes de la OIC intentaron socializar los libros de forma comunitaria, que no fueran propiedad de cada militante. Por otro lado, Lourdes Ponce, explica como el piso que compartía con otros jóvenes tenían un fondo común donde ponían íntegramente su sueldo y cada persona cogía según sus necesidades.¹⁸

Ferran Saro se casó en el año 1972. La forma como realizaron la boda muestra muy bien toda unas actitudes de cambio y transgresión de la época. No hicieron convite, no aceptaron regalos ni tampoco quisieron fotografías. Su planteamiento de pareja era empezar desde cero, con una actitud “anticonsumista” e “idealista”. La ceremonia de boda fue oficiada por un cura obrero y se convirtió en una especie de asamblea donde los asistentes incluso discutieron el sentido del matrimonio:

Allà havia gent de OIC, gent del PSUC... Havia gent de tots els partits polítics, no?. [El oficiante:] 'Pero aquí pido respecto porque aquí vamos a hacer una asamblea cristiana y por tanto, en esta asamblea, pues yo voy a dar la palabra y que todo el mundo intervenga'. Llavors la gent va començar a aixecar la mà i es va fer un debat (...) O sigui, per què ens casàvem?. Si estàvem a favor, estàvem en contra, de si això era... Si casar-se o no casar-se, no? I al final, doncs nosaltres vam dir 'bueno, nosaltres acceptem tot això, ho respectem i hem decidit casar-nos i tal. Aquí tenim un testimoni'. I això va ser la cerimònia!¹⁹

Ferran también explica que el primer coche que tuvieron lo compraron entre dos familias y quesu moto la usaban entre cuatro o cinco familias: “teníem una certa concepció de col·lectivitat i de no tenir propietat”. Además, la crianza de los hijos se realizó de forma conjunta entre varias familias del barrio.

Dolors Igual también muestra bien estos intentos de hacer cambios de las relaciones sociales y de vida inmediatos:

És que era, era, una ebullició constant. (...) anava a tot, anava a les jornades de dones, fèiem grups de dones, per a contar-nos històries, a la vegada (...) vam començar a fer avortaments il·legals amb un ginecòleg (...). Van obrir el psiquiàtric i la gent del psiquiàtric se n'anava a viure... vam voler tancar els psiquiàtrics, lo de l'antipsiquiatria i llavors van tancar... i nosaltres vam fer una assemblea en Benimaclet, que era el barri on vivia i nos vam endur a un parell de tipus del psiquiàtric a viure amb nosaltres, que no van voler vindre.

No és que anàrem políticament només, sinó que era una forma de canviar les relacions. Doncs això, en la universitat el professorat que estava en un grup de treball, anaves al barri i hi havien grups de dones i venia una (...) que va començar

¹⁸Entrevista a Lourdes Ponce Noria.

¹⁹Entrevista a Ferran Saro Madrilejos.

Conclusiones

A lo largo de la comunicación hemos visto la complejidad de la relación entre vida y política. La militancia revolucionaria de los años 70s era algo que llenaba la persona al proporcionar un sentido a la vida, unos valores y unos objetivos de que se estaba ayudando a cambiar el mundo. Una militancia que conllevaba una descubierta del mundo y un aprendizaje, además coincidiendo en la mayoría de personas con los momentos iniciales de la juventud. Pero, en una suerte de paradoja, este mismo compromiso y actividad política efervescente que llenaba la vida de la persona, también la reducía alrededor de lo político, comprimiendo en muchos casos la dimensión vital de la persona. Así, la política revolucionaria canalizaba los anhelos de libertad, justicia y transformación social, pero los estructuraba bajo una propuesta que los encorsetaba hacia un sistema de creencias y una praxis muy absorbente y en buena parte delimitada. Un tipo de compromiso y modelo de vida, cabe decir, que si bien estaba potenciado colectivamente por la organización, también se tomaba voluntariamente y era asumido por el propio militante, aunque seguramente éste no fuera muy consciente de que podía estar operando este tipo de reducción vital. Los testimonios reflejan este tipo de ambivalencia, si bien hay una gradación de la visión crítica o positiva en cada caso.

Al mismo tiempo, formando parte del ambiente del momento, militantes de la OIC también intentar llevar a la práctica cambios en sus formas de vida que estaban asociadas a los ideales políticos, promoviendo experiencias de compartir bienes de forma comunitaria o llevando la práctica de las asambleas y democracia directa incluso a acontecimiento tan establecido socialmente como el de una boda.

Todo ello nos muestra la riqueza y la complejidad de las vivencias de compromiso militante de los años 70, nutrido de muchos ingredientes distintos, y también las contradicciones que se desarrollaron en el momento, entre el ideal, la praxis realizada y, finalmente, los resultados conseguidos, bastante lejos de la transformación

²⁰Entrevista a Dolors Igual.

Joel Sans Molas

revolucionaria que se anhelaba. Sin embargo, quedó una movilización, unas experiencias y unas emociones que -como muestra la vivacidad de los testimonios- tuvieron un peso decisivo en hacer crecer estas personas y conformarlas hasta el presente.

TEJIENDO SOLIDARIDAD DESDE ABAJO: ESPACIO SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO COLECTIVO EN LA IZQUIERDA RUPTURISTA

María GÓMEZ GARRIDO

Resumen:

Se analiza, a partir de entrevistas abiertas, experiencias de militancia en los años sesenta y setenta prestando atención a los espacios y las prácticas de solidaridad desde abajo que dieron lugar a la constitución del sujeto rupturista de esos años. Se argumenta que esta solidaridad se nutría de un habitus de las clases populares aún lejano al sueño de privacidad de la sociedad capitalista de consumo. Las entrevistas se realizan a antiguos militantes y simpatizantes de los partidos LCR, OIC, ETA-LKI y la Corriente Sindical d'Izquierda, identificando en los relatos rasgos comunes del momento histórico. Se extraen, asimismo, algunas comparaciones con el ciclo abierto por el 15M.

Los años que transitan entre finales de la década de los 60 y los primeros 80 fueron en España años de posibilidades, de horizontes abiertos. Si en la primera década estas posibilidades empezaban a vislumbrarse tímidamente, hacia mediados de los setenta, el sentir común, esperanzado, había ido llenando el pecho de mujeres y hombres que confiaban en el poder que dan las luchas colectivas. Quiero indagar en estas líneas dos cuestiones en relación a esos años: por una parte, las condiciones que favorecieron, incluso en los años más duros y represivos, en los que quienes luchaban se percibían a sí mismos como pocos, que la esperanza se vislumbrara en el horizonte, de manera que siguieran adelante, tratando de organizarse cada vez mejor. Lo podemos llamar indagación sobre la ilusión colectiva. En segundo lugar y en relación con ésta, quiero acercarme al material con el que se fue tejiendo la solidaridad en esos años: las formas concretas que ésta tenía, y los sentimientos (colectivos) que la acompañaban. Se trata, de alguna manera, de indagar sobre la constitución de ese sujeto colectivo que fue la “clase obrera” (compuesta por una combinación de trabajadores de los principales núcleos industriales y clases populares de los crecientes barrios en las ciudades). La “clase obrera” encarnó un proyecto revolucionario en esos años a través de la organización de base en fábricas, en los movimientos sociales, y en los partidos ubicados a la izquierda del Partido Comunista. Mi interés aquí es comprender cómo se pudo tejer esa solidaridad que involucró a una base amplia, y cómo se articuló en estas organizaciones rupturistas.

El acercamiento a ese momento histórico lo llevo a cabo a través de los relatos biográficos resultantes de unas entrevistas abiertas a antiguos militantes de la LCR, OIC, ETA-LKI y de la Corriente Sindical d’Izquierda asturiana. Se trata de testimonios que tienen los mismos dilemas epistemológicos de cualquier memoria recuperada en el momento actual ante las preguntas de la interlocutora.

Acercamiento a la memoria. Cuestiones epistemológicas.

La memoria se recapitula, se recuerda y se escribe con una mirada desde un presente bien diferente. Y hay en la que os presenta este esbozo de texto un ansia por

comprender qué permitió que aquella solidaridad se expresara de una forma tan clara, y se entrelazase de unos puntos a otros para darle un sentido político al momento. Hay un interrogarse, con el sentimiento de quien se emociona de forma empática con las luchas colectivas, pero también con la curiosidad de la antropóloga que indaga sobre subjetividades *otras*, sobre cuerpos, esperanzas, y miedos diversos a los que acompañan nuestra subjetividad hoy en día: *¿Quiénes eran ellos? ¿Cómo eran los espacios, los cuerpos, y las prácticas que los habitaban y que permitieron hacer emerger dichas subjetividades?* Se apoya en una serie de testimonios (muy valiosos en sí mismos, auténticos tesoros dignos de conservar, y transmitir, aunque quizás insuficientes para trazar un cuadro general), recabados en un formato a medio camino entre la entrevista abierta y la historia de vida. La intención de quien escribe es hallar en esas palabras una *comunidad de discurso*, reconstruir una memoria colectiva. No es fácil, porque las palabras con las que se ha trazado el relato hegemónico de la llamada Transición han sido, sin duda alguna, las de los vencedores (e incluyo aquí a la cúpula del Partido Comunista). Sin embargo, late en estas memorias la mirada del subalterno que no se siente representado muchas veces ni siquiera en las recopilaciones históricas de su propio partido, y que tiene perfecta capacidad para construir un relato diferente. En el recuerdo de lo más cotidiano, de las luchas concretas que se entrelazaron esos días, hay lugar para esa memoria colectiva. Son recuerdos jalonados muchas veces por la anécdota que marca el momento vivido con más intensidad - particularmente el momento de ser “pillados”, o de romper las reglas establecidas, allí donde la adrenalina del miedo se transforma en la de la alegría de romper y de reír en común. No hay, sin embargo, espacio en estas líneas para incorporar los acontecimientos relatados en cada una de las entrevistas, sino que opto por buscar los elementos comunes a todos ellos que me permitan referirme a ese sujeto colectivo.

El texto no pretende ser un trabajo exhaustivo ni conclusivo. No es más que el inicio de una indagación. Ello por varios motivos, pero el principal y central es que el material empírico no recorre la diversidad social de lo que constituyó ese nuevo sujeto político que fue “la clase obrera”, o “las clases populares”, según queramos poner el

acento en unas u otras teorías, o en unos u otros espacios de articulación de las luchas. Dado que el objetivo es encontrar esas bases comunes de solidaridad, el hecho de que mi muestra esté constituida principalmente por testimonios del núcleo obrero central del momento (minería, siderurgia y sector naval en Asturias, País Vasco y León), supone una riqueza y al mismo tiempo una limitación (empezando por el sesgo masculinizado). Aún así, y apoyándome también en conversaciones informales con participantes del movimiento vecinal de esos momentos, arrojaré algunas hipótesis a modo de camino a explorar.

Aquellos años... y el 15 M, ¿En qué fueron diferentes?

La que escribe estas líneas no ha podido experimentar ese sentir colectivo que vivieron las y los protagonistas (protagonistas anónimos – sujetos colectivos) de aquellos años. He podido vivir esa emoción de quienes nos sumamos a una manifestación un 15 de mayo del 2011, pensando que se trataba de una acción simbólica más, y nos vimos desbordadas por los acontecimientos de las siguientes horas, días y meses. Casi todas las que estamos aquí; y muchos otros más veloces en poner palabras a lo que perciben, hemos concluido, cuando se iba apagando el fuego y la alegría de las calles quincemayistas, que las diferencias entre esta experiencia y la efervescencia colectiva de las luchas en los años 60, 70 y 80 eran grandes. Si bien, las diferencias no pueden ser únicamente una cuestión de grado de ilusión. Carecemos, además, de instrumentos medidores (lo que podría ser un ilusionómetro), por lo que tenemos que acercarnos a esa comparación desde otros ángulos.

Uno, y más inmediato, es el de la diferencia de clase entre los participantes de cada uno de esos ciclos de luchas. Para algunos agudos observadores, el 15M llevaba en sí mismo las condiciones de su fracaso, al no haber logrado involucrar a las clases trabajadoras y populares. Sin embargo, ¿qué supondría haber involucrado a dichas clases en el movimiento? ¿Qué hubiera más reponedores, más camareras, barrenderas, más trabajadoras de los cuidados en las plazas....? ¿Tenemos datos fiables que nos permitan concluir cuál era el perfil sociodemográfico medio de los participantes del

15M? Otra cuestión diversa es: ¿Faltó quizás una articulación entre las movilizaciones de las plazas y el mundo del trabajo? ¿Podría ser que las plazas constituidas en mera “expresión” tuvieran un alcance limitado? Y, siendo ese el caso, ¿ha sido suficiente con el “asalto a las instituciones” para poder construir canales desde los que articular las luchas de esos días?

Un segundo ángulo desde el que mirar esos dos períodos es comparar las perspectivas, horizontes, miedos y deseos, en una palabra, las subjetividades de quienes participaron en cada uno de esos ciclos de luchas. Esto, en realidad, sólo puede hacerse en conexión con lo anterior. Sin embargo, desde este enfoque no consideraremos la clase como un dato robusto, estable a lo largo del tiempo, sobre el que se pueda establecer una tipología exhaustiva; sino que, precisamente, la clase “devino” o “se hizo” (por parafrasear a Thompson) durante ese primer período a través de aquellas prácticas, significados, disposiciones que la hacían ser obrera y popular. Y son esas mismas prácticas, significados, disposiciones, las que hacen ser a la clase trabajadora y popular (si la definimos a través de los datos de renta, ocupación y nivel educativo) un sujeto más cercano a la clase media como paradigma de estilo de vida hoy en día.

Lo paradójico de este proceso reciente es que estas clases trabajadoras y populares está pauperizadas. En estas últimas décadas no estamos asistiendo a un fenómeno semejante al analizado por el equipo de Goldorphe en *The Affluent Worker*; todo lo contrario: la pauperización de las clases trabajadoras ha sido imparable. Ha alcanzado incluso a las clases medias bajas. Pero a todas ellas este proceso les ha llegado en medio de un sueño de privacidad por el que la sociedad capitalista de consumo había conquistado cuerpos y conciencias. “El capitalismo de consumo produce la neutralización de las masas”, decía Jesús Ibáñez. Así, el tejido comunitario que daba lugar al sujeto activo y activista (porque era un elemento común al militante y al que participaba ocasionalmente) de ese ciclo de luchas en la Transición, ha sido sustituido por un modo de vida apoyado en el sueño de la privacidad y, por lo tanto, individualista en este segundo período de luchas.

Hay en los breves relatos biográficos de las personas entrevistadas una perspectiva muy lejos del sujeto que proyecta un deseo de autonomía concebido como privacidad (un empleo bien remunerado, acceso a una vivienda, a un coche, construir una familia nuclear). Es decir, todos los elementos propios del modelo de trayectoria de vida en una sociedad capitalista de consumo. Tampoco hay un horizonte vislumbrado, ni deseado, de movilidad social. No hay, por último, identificación con un oficio. Se trata más bien de ese obrero descualificado para quien el trabajo, más que una seña de identidad es un medio para vivir. Ese “obrero masa” de las cadenas de montaje, pero también de las cuencas mineras o de los astilleros, tiene un *habitus* concreto (es decir, una serie de hábitos internalizados, de disposiciones, y también de perspectivas). El *habitus*, como ubicación social hecha cuerpo, tiene componentes materiales y emocionales. Los sueños, los deseos, las perspectivas de una persona se configuran en ese espacio social donde se relaciona con otras. Lo concebible y, por el contrario, aquello no enunciable está en el *habitus*. Las personas entrevistadas no se identifican con el trabajo como oficio, pero su actividad, mediada por la interpretación construida colectivamente, sí les dota de una comunidad de sentido, la de los obreros, explotados, maltratados.

Relatos de militancia y tejido comunitario

El sueño de privacidad tan hegemónico hoy en día contrasta con el relato de unos sujetos (los entrevistados) cuya aspiración era simplemente poder “vivir” (sin duda frente al malvivir de sus condiciones laborales) y cambiar el estado de las cosas, un estado identificado claramente como represivo, y dicha represión entendida a su vez no como una fuerza general y transversal (la dictadura), que controlaba por igual a toda la sociedad, sino como un poder dirigido de manera específica contra las clases trabajadoras. Se trata de unos sujetos con memoria de clase y sentimiento de agravio, de opresión. En algunos lugares, como las cuencas mineras de Asturias, la memoria de la represión estaba muy presente, sostenida por el maltrato cotidiano sufrido durante

décadas. Sin embargo, mirado en su conjunto, ese sentimiento de clase no necesariamente nacía de una herencia ideológica familiar: podían ser hijos de obreros católicos, haber recibido esa admonición de “no te metas en líos”, y sin embargo, sentir con fuerza el “nosotros” (la clase obrera) frente a “ellos”:

“Yo era un currante (...) mi padre y mi madre eran clase obrera, joder. Éramos clase obrera claramente. Mi padre, además, era un trabajador que cobraba poco porque era de lo más bajo que había en la fábrica. Y, claro, eso lo sentía, pero mucho, además. Y empecé a trabajar a los 14 ó 15 años, y... pues en seguida te identificas con tu medio. Yo en seguida me interesé por las cosas sindicales”.

(Militante LCR)

“Yo era de una familia obrera, mis padres trabajaban y mis abuelos, los guipuzcoanos, trabajaban en fundiciones y los navarros eran campesinos pobres. Y, bueno, conecté rápidamente con lo que era el mensaje del pueblo trabajador vasco”.

(Militante ETA-LKI)

“Ellos” son el dueño de la fábrica, el ingeniero al mando de la misma, la Guardia Civil, el ejército, la policía, el Estado español, el capital internacional. Las fuerzas que oprimen y reprimen. Si la clase social no es un dato, sino una relación, en estos relatos se vislumbra claramente ese posicionamiento del explotado frente al explotador, del trabajador frente al “dueño”. Se da una superposición de opresiones y espacios de violencia: la escuela, el servicio militar, el trabajo. Los empresarios, los militares, la Guardia Civil...

Poder vencer el miedo, plantar cara a la explotación y a la opresión solo pudo hacerse tejiendo una solidaridad que contaba con unas bases mucho más sólidas que las del momento actual. En sus orígenes, la lucha es iniciada por unos pocos, en la clandestinidad. Jugaron un papel fundamental para ello determinados espacios en los que se podía estar al abrigo de la mirada o la escucha controladora del régimen: muchos de estos fueron facilitados por sectores de la iglesia católica más progresista; la propia cárcel, paradójicamente, jugó también un importante papel como espacio de comunicación y de puesta en contacto con militantes de unas u otras corrientes; finalmente, lugares abiertos y lejanos: el “monte”. En estos espacios es posible compartir lecturas (casi siempre marxistas, y según los contextos, también nacionalistas), recibir y transmitir relatos que dieran un sentido político a la situación de

opresión. Relatos centrales en la construcción del sujeto más militante, más comprometido.

En 1964 aterricé en el santuario de Aralar, una cordillera vasca y allá en la posada me topé con el cura, y gente allá que eran nacionalistas. Me contaron que el pueblo vasco estaba oprimido... no tenía ni puñetera idea. Esas cosas en las familias vascas no se hablaban. No se hablaba de política. En la escuela franquista se hablaba de las glorias de Dios y de la patria y tú no tenías ni puñetera idea de que existía otra historia. [En Aralar] te hablan de que tú eres vasco, eso ya lo sabía, de que tu lengua tiene el mismo derecho a la lengua castellana a ser una lengua oficial. Que la opresión que hay sobre el euskera, que eso lo notabas, porque los maestros te arreaban caña cuando hablabas en vasco, y eso que tú lo percibías y te dolía, pero no entendías por qué. Y aquellos empiezan a darte una explicación en términos políticos, en términos nacionalistas, de la opresión que vives como pueblo. Evidentemente aquello me puso la cabeza... como se dice en vasco, la pica me puso a hervir, y cuando volví al pueblo ya iba decidido a entrar con la resistencia.

(Militante ETA-LKI)

La acción de esta militancia, más activa, más comprometida, se enraíza y germina a su vez en contextos caracterizados por un tejido social denso, donde se hace posible construir acciones y sentimientos de solidaridad. Por una parte, los espacios de la infancia y la juventud son lugares con un fuerte componente comunitario: existía un denso tejido vecinal, estable y fuerte en los barrios y pueblos. Por otra parte, en muchos casos (las comarcas asturianas, vascas, pero también las zonas industriales crecientes de ciudades como Madrid o Palma) el barrio, o el pueblo, tiene una conexión directa con el espacio de trabajo. La radical separación actual entre espacio de residencia y de trabajo no se producía, de manera que muchas de las luchas de esos años involucraron a comunidades enteras. Son los casos relatados de la comarca del Nalón, o de las asambleas populares organizadas en núcleos como Rentería. La solidaridad es de fábrica a fábrica, de sector a sector, de pueblo a pueblo. Asimismo, la idea de “tocan a uno, nos tocan a todos” está presente en el día a día del trabajo, en el que las acciones se organizan apoyando por igual a afiliados y no afiliados:

“Había un ambiente reivindicativo a tope. En mi fábrica el problema de uno era el problema de todos. Me acuerdo... Quien tenía un problema con el mando o cualquier cosa, en seguida íbamos todos a ver lo que pasaba. Siendo un compañero de trabajo, eso estaba muy claro, daba igual si estaba afiliado. Y, joder, si había... el ambiente era terrible en aquellos años”.

(Militante LCR, siderurgia)

En ese “ambiente”, las asambleas como espacios de discusión y órganos decisores fueron adquiriendo un papel central y se convierte en uno de los elementos principales en la constitución de ese sujeto colectivo. Aquí es donde el relato de los entrevistados se bifurca y emerge una identidad claramente diferenciada del PC y de las Comisiones Obreras como sindicato burocratizado de los años posteriores. A la disciplina casi ciega del militante del PC, los entrevistados oponen la asamblea como espacio de democratización:

“Las [primeras]huelgas en la minería es curioso: no se hacían convocando. Llegaban los del PC, se ponían así [como los brazos cruzados], y los otros los veían y ya no acudían al trabajo. Pero no hablaban; no se decía nada. Si estaban estos allí así es que no se trabajaba, por lo que fuera, por cualquier cosa. Pero no se hablaba. Entonces nosotros inauguramos la época de las asambleas. Hicimos la primera asamblea y de ahí continuamos: explicando por qué se paraba, cuáles eran los motivos y tal”.

(Simpatizante LCR, minería)

Las asambleas (ya fuera en la forma de consejos obreros, promovidos por la Organización de Izquierda Comunista, de asambleas de fábrica o pozo, de barrio, o en la coordinación a través de plataformas) como vía de participación, y de constitución del sujeto de acción, se extendieron a lo largo y ancho del mapa.

Las reivindicaciones partían siempre de cuestiones concretas: las condiciones laborales, el despido o la muerte de trabajadores. De la misma manera, unos pocos años después, en los barrios, el movimiento vecinal se activaría ante la necesidad de un centro de salud, de una escuela, de alcantarillado.... Conectadas a esa materialidad cotidiana, las movilizaciones involucran a un número creciente de personas, y dan paso a otras con una lectura política más amplia (no que esas luchas cotidianas no fueran “políticas” en sí mismas). En su día a día el número de “militantes” era relativamente modesto; pero no era difícil involucrar a una amplia mayoría de un centro de trabajo, o de un barrio, en la concentración o la manifestación.

“Estaba muy mal visto no sumarse. Se sumaban porque además estas cosas ya políticas venían precedidas de muchos movimientos reivindicativos laborales. Entonces, oye, si tú habías estado en su manifestación dando la cara y haciendo no sé qué, él sentía que tenía que apoyarte, aunque no siempre entendiera muy bien lo que hiciera”.

(Simpatizante LCR)

El día a día de esas luchas cotidianas forjaba una manera de estar y compartir que era más fuerte que la posible interpretación común de una lectura. No era necesario seguir al cien por cien un ideario pensado desde un punto de vista teórico, una exégesis compartida de El Capital, un “proyecto político substantivo” (como echan en falta hoy las miradas de la izquierda de clase media a ese periodo). La práctica de las reivindicaciones diarias daba sentido al “nosotros”. Éste se construía desde la praxis de las luchas cotidianas, y en ellas el lenguaje se asentaba con una claridad meridiana. Por otra parte, la implicación y solidaridad diaria dio a los militantes de esos años una autoridad social, un reconocimiento, que les investía del poder simbólico necesario para proporcionar relatos contrahegemónicos aceptables, fundamentados a su vez en una experiencia de opresión muy palpable.

Ese poder simbólico era muy diverso al de los liderazgos mediáticos de hoy en día. La desconfianza hacia el personalismo se expresa en casi todos los entrevistados:

“Puede que el partido sea necesario, pero con una estructura muy abierta. No con una estructura férrea que lo controla todo; no un grupo de listos. No sé si tanta teoría sirve. Lo que sirve es... hay que tener un buen trabajo de base y participar en él. Estar ahí involucrado. Que la gente te reconozca por lo que haces, y no por las teorías que pares en tu casa. Y por tu manera de actuar en el día a día. Es que es de un paternalismo, que ofende”.

(Simpatizante LCR)

“Para presentarte a elecciones necesitas tener detrás una etapa de lucha y presencia en sitios”.

(Militante LCR)

La propia extensión de las movilizaciones en los centros de trabajo, en los barrios, hizo, entonces sí, que el miedo fuera cambiando de bando. El miedo tan metido en la memoria de los padres de esta generación, sentido también por ellos mismos, estaba cada vez más presente en los cuerpos de quienes ostentaban algún tipo de poder o ejercían alguna forma de represión. Se respiraban aires de cambio...

“En los años anteriores habían machacado a la gente. Sin embargo, esos años, nos íbamos organizando, nos observaban, controlaban, pero ya no se atrevían tanto a ir a por nosotros... (...) había una sensación de cambio. Había un sentir de que “esto va a cambiar”, no sabemos *pa'* donde... no vaya a ser que estos que vamos a machacar ahora tengan poder mañana y nos machaquen a nosotros”.

(Simpatizante LCR)

Y esa sensación de cambio hizo que muchos de estos militantes confiaran en la relativa cercanía de un horizonte revolucionario.

“Yo me imaginaba el socialismo, sabiendo que no iba a ser como apretar un botón, pero yo creía que se podía ir avanzando hacia el socialismo, dado el nivel de movilización de la gente (...)Es que se movía mucha gente y muy a menudo, y había mucha solidaridad”.

(Militante LCR)

Sin embargo, con el tiempo, ese horizonte se fue haciendo más lejano, percibido cada vez como más improbable. Coinciden, tanto quienes han seguido militando hoy en día como los que no, en la interpretación de una Transición pactada por arriba como la responsable de la desmovilización y de la continuidad en un “postfranquismo”. El relato del traición, especialmente dirigido a la cúpula del PC y al Partido Socialista es unánime. Como ya escribía Alfonso Ortí en ese texto de 1981, “La realidad como desencanto”:

“Al reivindicar su amargo desencantamiento, las masas populares toman conciencia y denuncian que la pretendida “ruptura pactada” se ha traducido, en realidad, en una “negociación” entre las diversas élites burguesas, realizada sin ellas y en parte contra ellas. Más que nunca, la reinstauración del parlamentarismo y del sistema de partidos ha aparecido ante las masas populares como un fenómeno íntimamente unido al proceso de exclusión y sustitución de los movimientos de base por la circulación y los pactos de poder entre las élites”.

Entonces y ahora...

Los pactos por arriba fueron acompañados de la desmovilización por abajo, de desvinculación y alienación de la política. La relativa “tranquilidad” de los ochenta cedió al inicio de las salvajes políticas neoliberales de los noventa, años definidos como “travesía en el desierto” por quienes han seguido infatigables en la lucha y el activismo. En las visiones del mundo de todos estos relatos se sigue viendo ese sueño rupturista como necesario. No puede haber democracia sin igualdad; no puede haber democracia dentro del capitalismo; y no puede haber igualdad si ésta es diseñada por una élite de

“listos”. Sigue presente la idea de “revolución” y de “ruptura”. No hay, pues, ese otro relato de “la juventud” y la “madurez”, la utopía y el realismo.

“Mi militancia ha sido diferente en cada etapa dentro de una continuidad: la pretensión de una transformación radical de la sociedad, llámale desde un punto de vista revolucionario, desde un punto de vista alternativo. Una militancia que quiere hacer una revolución. Esa revolución no la entiendo como un cliché, “asalto del palacio de invierno”, ni mucho menos, sino que tiene que ver con una evolución de la humanidad, pero que tiene que ver con esa pretensión. Incluso en los momentos de más desesperación, de más soledad, de más minorización, yo siempre he seguido”.

(Militante ETA-LKI)

La ilusión que volvió a las calles con el 15M necesita ganar la confianza de muchas de aquellas personas que, decepcionadas con partidos y sindicatos, han podido acercarse a una mínima esperanza de cambio. La experiencia de estas generaciones que vivieron las luchas de aquellos años es un espejo desde el que mirarnos: la renuncia a liderazgos mediáticos, la importancia del trabajo día a día, desde la base, son elementos probablemente indispensables en cualquier aspiración a una transformación social profunda.

Ahora bien, más allá del ánimo voluntarista que pueda movernos, lo cierto es que las condiciones no se repiten, y concretamente, el tejido comunitario, roto en las últimas décadas, requiere de una tarea más delicada, más cuidadosa, y de un ritmo diverso al de los calendarios electorales. Hay lucecitas de esperanza en barrios y pueblos: el sindicalismo social de la PAH, los movimientos por los derechos sociales como Invisibles o Berri Otxoac, los bancos de alimentos asamblearios y la lucha por la soberanía alimentaria, el movimiento por la Sanidad Universal... Más allá de los logros concretos, el principal triunfo (cuando se ha superado la mera movilización de emergencia) es la creación de espacios de solidaridad desde los que poder reconstruir el nosotros. Sin ese trabajo de día a día, ninguna candidatura electoral, por rupturista que se enuncie, logrará apoyos suficientes para llevar a cabo un profundo cambio social.

CARTOGRAFIANDO LOS DISCURSOS DESMITIFICADORES: VOCES RADICALES DE LA TRANSICIÓN PARA EL CAMBIO POLÍTICO

Antonio MURILLO LUNA

Resumen:

En el artículo se analizan cuatro entrevistas biográficas a diferentes militantes políticos de la izquierda radical durante la dictadura franquista y la Transición en España, pertenecientes al espectro político que abarca el PCE, la UJCE, el PTE, la ORT, Joven Guardia Roja, FELIPE, LCR y PCE (m-l). Los relatos recogen las diferentes experiencias militantes, organizativas y activistas en el periodo señalado, así como análisis acerca de sus trayectorias y el contexto político que les tocó vivir en la lucha por la ruptura democrática. Estos relatos forman parte, en definitiva, de una narración contrahegemónica de la Transición y el escenario político y social habitualmente heredado –centrado en las claves del consenso y la reforma como bases del proceso–.

Antonio Murillo Luna es graduado en Ciencias Políticas en la Universidad Complutense de Madrid, con Máster en Metodología de la investigación las Ciencias Sociales en la misma universidad. He colaborado con el grupo de investigación Cartografía de Culturas Radicales, y trabajo en el área de redes de Podemos fomentando la comunicación alternativa. Memoria histórica, cambio social y político y movimientos sociales son mis eternos campos de interés.

Introducción

Este artículo se basa en el análisis de cuatro entrevistas semi-estructuradas, de corte biográfico, recogidas por el grupo de investigación grupo de investigación “Cartografía de Culturas Radicales” de la Universidad Complutense de Madrid, en cuya web se encuentran los materiales cualitativos editados en formato vídeo, abiertos al público (cartografiaculturasradicales.wordpress.com).

Las entrevistas analizadas son a históricos militantes de diferentes organizaciones políticas de la izquierda radical durante el franquismo y la Transición. Entre ellas se encuentran: el PCE (Manuel Monereo), la UJCE (Jesús Montero), el PTE y la ORT (Tomás Villasante), la JGR (Fernando Conde) y el PCE (m-l) y FRAP (Manuel Blanco Chivite). Éstas se llevaron a cabo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (UCM) a lo largo del 2013.

La selección para este artículo no tenía una motivación de saturar teóricamente este espacio social y político, pero sí a abarcar las principales organizaciones e identidades políticas “a la izquierda del PCE”, incluyendo a éste mismo. Son figuras que integraron aquellas organizaciones de izquierda radical que permanecieron activas en la clandestinidad, organizando y movilizando a una sociedad y un movimiento obrero durante el franquismo y en los primeros años de la transición. El relato a construir con estos materiales aspira a enlazar las perspectivas e interpretaciones del proceso de creación de la alternativa hacia la ruptura democrática frente al reformismo desde el régimen que finalmente se dio. La trayectoria de vida de estos sujetos forman parte intrínsecamente de una lectura de la historia reciente española, radicalmente diferente a la que se impulsó durante y tras la transición a la democracia, que podemos denominar el relato oficial – elaborado tanto política, mediática, como académicamente-.

Análisis de una trayectoria militante en la oposición

Experiencias militantes y democracia rupturista

La universidad y los barrios como socializadores políticos

Un elemento central en la evolución de lo que denominan protointerés o “preconsciencia ideológica” hacia una definición ideológica y militante más concreta, tiene que ver con la movilidad y la socialización en las universidades y el movimiento estudiantil –en un principio muy vinculado al PCE, la FUDE o el FELIPE-. De hecho, todos los entrevistados fueron universitarios en algún momento de sus trayectorias, aunque el impacto fuera desigual dependiendo del caso.

Fernando Conde señala este elemento socializador de la universidad y los colegios mayores, así como la movilidad como elemento de necesidad de ruptura: “Me planteé elegir una carrera que me permitiera ir a Madrid, porque para mí Madrid era la libertad, era el anonimato”. Las facultades, al menos en Madrid, comparten una definición entre los diferentes perfiles como “espacio de autonomía” - Miguel Romero describe “la Complutense y particularmente el mundo de los colegios mayores era un espacio prácticamente liberado”-, lugar donde se tejían redes de contactos con militantes de diferentes organizaciones clandestinas –algo que fuera de la facultad tenía algunas complicaciones obvias-. Y por otro lado, siguiendo con el relato de Conde, era un lugar politizador, donde “empiezas a salir de manifestación, empiezas a participar en las asambleas, pero desde una perspectiva muy antifranquista y muy de buscar no se sabe muy bien qué”.

La socialización política en el caso de Villasante es diferente, por ejemplo, pues no vivió ese periodo en la universidad como una iniciación en la política –entró más mayor-, sino que fue en el barrio de Pan Bendito, trabajando, “haciendo vida de cooperativista, vida de barrio”, que le llevaría a una militancia “marxista de base”, muy diferente a la universitaria: “muy centrada en las comisiones de barrio, en los colectivos más o menos formales e informales, clandestinos, y que no estábamos unidos a ningún partido”.

El escenario universitario cambia, como señala Conde, desde el Juicio de Burgos (1979): un hito a la vez movilizador –“para mí un hito importante en la toma de

conciencia política y en la militancia más activa. (...) Y empecé a tomar un nivel de actividad fuerte: de panfletos, de convocatorias, manifestaciones de asambleas...”, como desarticulador de las organizaciones universitarias de izquierda:

Ahí se produce un cambio muy importante en la Universidad, porque a lo largo de los años 60 (...) hay una especie de espacio de autonomía. (...) En la Facultad es verdad que la policía no podía entrar. Año 66-67, tenía que pedir permiso al Rector. Te podías reunir, tenías un sitio (...), acceso a la fotocopidora. Pero con el Juicio de Brugos, con el Estado de Excepción, la policía entra directamente en las facultades, ponen cuartelillo directamente dentro de la facultad (...), y entonces todos los movimientos y las formas de trabajo que hasta ese momento habían estado en la universidad, ‘de una clandestinidad abierta’ (...), coincide la caída de Felipe, coincide la caída del FUDE... Y la gente que más caña daba en aquel momento era la Joven Guardia. (Fernando Conde).

Miguel Romero señala este momento como punto de inflexión de la militancia del FLP, pues coincidía con el asesinato de su compañero Enrique Ruano por la Brigada Político Social, algo que describe como un “acontecimiento”, un choque que hizo replantear la militancia en la izquierda universitaria del momento.

Sin duda la clandestinidad y la represión fueron elementos tanto limitadores, políticamente hablando –y sobre todo fuera de estos espacios de autonomía-, como de socialización. Monereo no relata sus primeras experiencias militantes desde la visión estudiantil, sino que hace hincapié en el relato sobre la clandestinidad:

Yo era un cuadro de un partido clandestino. Yo siento que la primera dificultad de conocimiento es lo difícil que es, y lo diferente que es militar en un partido clandestino, y sobre todo cuando eres cuadro, donde tienes que conservar los secretos del partido, vivir clandestinamente – él sufrió dos detenciones y dos torturas-. Es muy complicado donde tienes prohibido hablar en comisaría. El primer problema es el miedo. (...) El mundo clandestino es muy complicado, lleno de enemigos internos y externos (...). (Manolo Monereo)

Militancia e identidad: la política en todas las esferas de la vida activista

La militancia en una organización de este tipo no era una actividad secundaria en la vida de los entrevistados. Más bien todo lo contrario: la identidad y la planificación del tiempo estaban fusionados con la actividad del partido y las diferentes organizaciones mencionadas. Gran parte de las relaciones personales y las diferentes redes sociales tejidas en diferentes espacios empezaban o acababan en la militancia, siendo casi una especie de compromiso vital. Puede que una de las claves tenga que ver con la clandestinidad de aquellas asociaciones y organizaciones, que como menciona Monereo, fraguaba “vínculos muy fuertes con el partido, nada laicos”.

Manolo Monereo relata su paso al PCE desde dos perspectivas: una intelectual y otra de compromiso político-moral con la clase trabajadora:

Pasar al Partido Comunista fue una experiencia, por un lado intelectual (...); y por otro lado, el contacto directo con el movimiento obrero. Yo soy producto, fundamentalmente, de mi opción comunista se forja con un compromiso político-moral con las clases subalternas, con las clases trabajadoras. (...) Es lo que me sigue hace ser comunista. (Manolo Monereo)

Sin embargo, la identidad comunista se fragua dentro del partido -“Antes era una cuestión intelectual, ética, de discusión”, señalando el papel útil del marxismo como herramienta de análisis político, de intervención, de creación de asambleas, organización, etc. Militar ha sido “la experiencia más maravillosa de mi vida. Lo que soy se lo debo al PCE, luego a IU, yo no me reconocería en mi vida sin la emancipación con la lucha social”

Miguel Villasante apunta en una dirección similar: “nos sentíamos comunistas”, pero en tal sentido en el que “los intereses de los de abajo están por encima de los del partido”. El comunismo vuelve a señalarse como el ideal emancipatorio de la humanidad, pero también como conjunto de ideas y valores transmitidos “desde los mayores”, como señala Fernando Conde. Valores “antifascistas y democráticos”, morales; “transmisión de comunidad, de honestidad personal”... “Comunistas en el sentido de reclamar la igualdad de las personas”, más allá de las reflexiones teóricas propiamente dichas.

Conde prosigue con una reflexión que puede resumir la sensación que transmiten todos los entrevistados: “La vida personal formaba parte de la vida política”. Era muy “pulsional”, y lo pone en relación con el sentimiento vivido temporalmente con el 15M, pero durante todo un periodo vital: “Pensábamos que el mundo lo podíamos cambiar, entonces la capacidad de entusiasmo pulsional era increíble. (...) De alegría revolucionaria”.

Ese entusiasmo movilizaba cualquier ámbito decisional de las vidas de los militantes en estas organizaciones, desde elegir su formación académica -como es el caso de Manuel Monereo, que selecciona Derecho por que hacían falta abogados en el partido-, o el tener que acordar el tiempo libre con los altos cargos del partido -Tomás Villasante señala que “no tenía vacaciones”, y que las que cogió una vez “tenía que

pedir permiso al Secretario General”-. Dos ejemplos que muestran la amplitud de esferas vitales que abarcaba la actividad política en estas organizaciones.

Democracia radical en los objetivos y en las formas

Lo cierto es que, desde los años anteriores a la muerte de Franco, en la sociedad civil española ya había sectores (en plural por su heterogeneidad) activistas movilizados, que tuvieron un papel importante en el transcurso de la transición, pese a ser olvidados, y que aportaron valores y representaciones muy diferentes de democracia y ciudadanía respecto a la política partidista y mesocrática que se idealizó. Posturas, en definitiva, radicales: con “el compromiso con prácticas no convencionales de participación relevantes para la construcción de una identidad cívica” (Sánchez, 2010; 97). El uso generalizado de la asamblea como planteamiento democrático de las luchas (Cruz, 2015; 182) es buen ejemplo de dicho radicalismo democrático.

El relato de la Transición, el oficial, siempre ha contado en sus canales esa imagen de una sociedad de clases medias, que aceptaron el consenso y guardaron una actitud moderada a favor de la reforma (Sánchez, 2014). Estas militancias son el ejemplo de que había más elementos fuera de esa fotografía: partidos y movimientos sociales con formas y objetivos de democracia radical, que apostaron por una ruptura total con el régimen franquista en pro de una democracia plena –como objetivo máximo de éstas luchas-.

Este planteamiento no era un mero lema de campaña, sino que también se practicaron formas políticas radicales en lo democrático, sobre todo en los momentos y espacios donde la represión y la clandestinidad no forzaban estructuras más centralizadas, ideologizadas y resistentes –como fue la Universidad durante algún tiempo-. Un ejemplo claro viene con el funcionamiento del FLP, que Miguel Romero recuerda como una “organización extremadamente abierta” hasta el 69:

No era solamente [democrático] –yo creo que la palabra además no es exactamente democrático–, porque aquello funcionaba desde el punto de vista de que todo el mundo podía decir lo que quería y podía pensar y definirse ideológicamente de forma muy diversa.”.

(...) Se tomaban las decisiones sobre la marcha, con un sistema de consultas muy rápido, con una idea muy activista de la política. Muy poco ideologizada, y en la que el fundamento de lo que sentíamos era la necesidad de hacer cosas, y de vincularnos al movimiento sindical en lo que tenía de más asambleario. (Miguel Romero, *Moro*).

Recuerda en gran medida a movimientos descentralizados y asamblearios mucho posteriores –como el 15M-, que ya en los últimos años de la dictadura traían consigo valores y visiones democráticos muy diferentes al modelo de democracia que se estaba configurando desde las élites del Estado, y con un funcionamiento radicalmente diferente al de las instituciones sindicales y universitarias oficiales existentes durante la dictadura.

Desde las formas más extendidas como la huelga y la manifestación -que incendiaron el país desde 1975 con una serie de huelgas y protestas por toda España (Sánchez, 2010; 97. Cruz, 2015; 191)-, hasta las acciones clandestinas que se desarrollaron durante los momentos de más represión, como los “saltos” y otras acciones de propaganda, éstas organizaciones se dotaron de diversas formas de actuación por movilizar, organizar e incentivar a una sociedad española que vivía silenciada por una dictadura por varias décadas.

Pero no solo se llevaron a cabo luchas obreras que partieran desde el análisis marxista en sus diferentes variantes ideológicas. Ya en los años de la Transición se dieron pasos, tanto dentro como fuera de los partidos, por promulgar e incentivar lo que posteriormente se denominarán “Nuevos Movimientos Sociales”, definidos por diferentes identidades (Sánchez, 2010): el ecologista, el feminista con el impulso de grupos de mujeres, movimientos en la juventud –legalización de la Marihuana, incentivar actividades culturales y musicales...-, el pacifismo y la apuesta por la desobediencia civil... También es destacable la actividad local con el crecimiento de un movimiento vecinal formado por asociaciones civiles, relacionados con los movimientos de base muy heterogéneos, cuyas demandas iban orientadas a “una completa democratización de la vida urbana [...] en una definición radical de ciudadanía, que identificaba de forma abierta participación cívica y democracia directa” (Sánchez, 2010; 103).

Las organizaciones comunistas y la ruptura democrática*

Manuel Blanco Chivite relata las dos principales procedencias de la izquierda radical más allá del PCE durante la dictadura y la transición de la siguiente manera:

Los dos orígenes principales eran: Del PCE, de escisiones sucesivas del PCE. Es de donde había salido el PCE internacional, que luego se convirtió en PTE; de donde

había salido el PCE (m-l), de donde salió también Bandera Roja en Cataluña. Ese era un primer foco que a partir de los años 60 empieza la conflictividad dentro del PCE, sale por su lado también Semprún y Claudín. Más o menos el PCE (m-l) se conforma al mismo tiempo de la salida de, hacia un lado de Semprún y Claudín, y hacia otro del PCE (m-l). (...)

El otro foco de origen era la propia Iglesia, digamos, como tenía más libertad de actividad en determinados ámbitos y demás, estaba ahí fomentando una nueva misión del cristianismo y tal. De ahí surgió la propia ORT, que sale de la Acción Sindical de Trabajadores (AST), y a su vez la AST había surgido, no sé si de la Juventudes Obreras Cristianas (...). Eran los dos focos de donde prácticamente salía todo, porque el PSOE en esa época no existía en el interior prácticamente. (...) Y en ese momento la CNT estaba viviendo épocas muy bajas, había sido muy golpeada durante los años 40, 50 y primeros de los 60. (Manuel Blanco Chivite)

Se habla del periodo que abarca los años 60 y los primeros del 70 como momento de auge de los partidos comunistas “a la izquierda” del PCE, en un escenario de competencia por la hegemonía en la izquierda –pese a que algunas siglas convivieran en agrupaciones sindicales como CCOO, en la Platajunta, o en diferentes movilizaciones sociales-. Hegemonía que mantuvo el PCE pese a su conflictividad interna durante este periodo, así como en las décadas posteriores. Sin embargo, nadie previno el adelanto por la derecha del PSOE, pues como señalara Monereo: “no conocí a ningún socialista orgánico hasta el 76”.

La elección de una organización y la realización de una militancia en un partido y no en otro tenía diferentes variables en juego: desde un análisis político o una ideología definida, un contexto específico, o al mero azar, como menciona Chivite: “era un poco aleatorio (...). Igual si hubiera dado con otra gente, hubiera entrado en otro grupo”.

Hay un elemento central que marcó el transcurso de la Transición, en general, y concretamente el posicionamiento político de la oposición desde la izquierda: el debate entre la reforma democrática y partidista del régimen, o la ruptura del mismo desde la lucha social. Muchas organizaciones, de hecho, se definían a partir del rechazo a un PCE que etiquetaban de reformista, como señala Miguel Romero:

El elemento fundamental de discrepancia es el reformismo. O sea, estaban los reformistas, el PCE era reformista, y nosotros éramos revolucionarios. Así que la idea era una distinción de campos entre reformistas y revolucionarios. (...) el PCE formaba parte de lo que era la estrategia del pacto por la libertad en aquel momento, y no tenía como planteamiento hacer una revolución, y para nosotros la tarea era hacer una revolución. (Miguel Romero, *Moro*)

Chivite sigue la misma línea: “El PCE (m-l) tiene una postura muy polémica respecto al PCE, la de la lucha armada. Era “un proyecto que provee que en España había que pasar por un momento revolucionario para tumbar al fascismo”.

Organizaciones como el PTE, que se integraron en la Junta Democrática con el PCE junto a otras organizaciones para, como señala Fernando Conde, crear un “frente político para lograr la ruptura frente a la reforma democrática” (que coordinaba el PSOE). Señala, sin embargo, que la sensación era de que “el PCE formalmente defendía la ruptura”, pero en la realidad estaban llevando otro rol a medio camino con las élites políticas. El propio Monereo afirma que “legitimamos la reforma como si fuera la ruptura” al no tener fuerzas suficientes para la ruptura.

*(Un análisis más detallado sobre los diferentes partidos se llevará a cabo en el documento final que salga de esta comunicación).

El otro relato de la Transición: la protesta y la ciudadanía movilizada

Con el inicio de las protestas por la amnistía de los presos políticos en 1974 –a la que Miguel Romero describe como: “la primera tarea, que es al mismo tiempo la tarea fundadora, es la lucha por la amnistía, esa lucha a finales del año 70 que para mí tiene un significado actual, porque tiene cierta relación, remota pero cierta relación, con el 15M-, y hasta 1977, se desataría en España una oleada de protesta en aumento. “Con la progresión y escala de la protesta en ese periodo, desconocidas en España hasta entonces, <<temblaron>> los fundamentos de la comunidad política franquista y el ciclo desembocó en la creación de un régimen político distinto del anterior. [...]” (Cruz, 2015; 179).

En 1976, un año poco reseñado en las cronológicas de la Transición, fue un periodo intenso en cuanto a las “movilizaciones populares, el recrudecimiento de las huelgas, las convocatorias de las asociaciones de vecinos y la emergencia de nuevas formas de hacer política y de nuevas luchas por la emancipación y la incorporación de nuevos colectivos al antifranquismo” (Labrador, 2014; 16). En este marco de ebullición

también aumentó la represión policial y estatal (donde destacan los *Sucesos de Vitoria*, que Romero señala como uno de los “acontecimientos represivos más importantes de este periodo”), que no hizo más que aumentar el número de movilizaciones, así como la carga emocional del momento (Ibíd.). Es un ejemplo del conflicto popular abierto en las calles (y no en las instituciones), donde varios colectivos buscaban abrir la transición más allá del aparataje institucional: una respuesta popular, no consensual, y reivindicativa, que sería canalizada por el propio proceso en 1982.

Aunque los alcances de los diferentes movimientos sociales y reivindicaciones populares fueron limitados, sí fueron el freno a una transición todavía *peor* (con menos márgenes de libertad e instituciones aún menos democratizadas). Como señala Fernando Gallego (2008; visto en Labrador, 2014; 17-18):

(...) las limitaciones de la propia transición ya estaban inscritas en la desigualdad existente entre las fuerzas del régimen y las de la oposición política, desigualdad inevitable que definió todo el proceso”. Aun así, la ciudadanía “arrancó” concesiones y derechos al gobierno de Suárez:

(...) 1976 sería el año en que la lucha política urbana definiría el suelo de la transición, es decir, la mínima oferta posible del pacto a una sociedad que, mayoritariamente, no se encantaba representada dentro de las estructuras políticas del régimen, del mismo modo que el año de 1978 marcará su techo (hasta aquí permite el estado que pida la ciudadanía), y el de 1981 su sanción definitiva.

Monereo viene a ejemplificar esto con su análisis sobre el PCE y la Plataforma democrática: “tuvo fuerza de parar la reforma del régimen, pero no desde dentro del propio régimen. (...) Impedimos la reforma del régimen contra Arias Navarro. (...) Pero no la fuerza de ir a la ruptura. (...) Legitimamos la reforma como si fuera la ruptura.

Pese a ello, la deriva electoral y los fallos en los análisis políticos, paralelos a un PSOE que arrebató el espacio electoral de la izquierda, y unas reformas del sistema que iban dejando fuera a la oposición radical, el sentimiento final de varios de los entrevistados tiene que ver con una derrota –principalmente aquellas generaciones que vivieron más crudamente la dictadura y empezaron su militancia en la clandestinidad-, análisis muy diferente, como señala Monereo, desde el relevo generacional, los cuales veían la Transición como la conquista de las libertades.

Al final fue, irónicamente, el paso de la lucha en la calle al de la disputa en la democracia representativa -con sus reglas de juego específicas en nuestro país- la que

hundió a gran parte de éstas organizaciones en los primeros comicios electorales. Bien por el desconocimiento por cómo se hacía una campaña electoral, bien por el error en el análisis político sobre la sociedad española de aquel momento, muchos partidos vieron su “puntilla final” en las primeras elecciones tras su “naufragio”.

Para Tomás Villasante, la principal causa de esta derrota tenía que ver con “confundir que la movilización y la militancia y el tener mucha gente en las asambleas, gente en los mítines, pues organizada, sindicatos y todas esas cosas, eso tenía una traducción electoral. (...) Y eso no era así, pensábamos que sí”. También tuvo que ver con la no detección del PSOE como fuerza electoral que adelantó al propio PCE, perdiendo todo el espacio a la izquierda que habían ganado legítimamente durante toda la dictadura.

Monereo señala que el equipo dirigente (del PCE) pensaba que no tenía margen de maniobra, y que precisamente el cómo evolucionó la Transición en los primeros años forzaba a un cambio de estrategia: “había que hacer una nueva marcha por las trincheras de la sociedad civil, por la política, generando una oposición”. ¿Un aprendizaje para el momento político actual?

Bibliografía

CRUZ, R. (2015): *Protestar en España (1900-2013)*. Madrid, Alianza Editorial.

LABRADOR, G. (2014): “¿Lo llamaban democracia? La crítica estética de la política en la transición española y el imaginario de la historia en el 15-M”, *Kamchatka*, nº4, pp. 11-61.

SÁNCHEZ, P. (2014): “Desclasamiento y desencanto: La representación de las clases medias como eje de una relectura generacional de la transición española”, *Kamchatka*, nº4, pp. 63-99.

SÁNCHEZ, P. (2010): “Radicalism without Representation: On the Character of Social Movements in the Spanish Transition to Democracy”, en Gregorio Alonso y Diego Muro (eds.), *The Politics and Memory of Democratic Transition. The Spanish Model*, Nueva York y Londres, Routledge, pp. 95-112.

ENTRE LA DERROTA Y LA UTOPIA. LA EXPERIENCIA DE LA TRANSICIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DE LA IZQUIERDA RADICAL. LAS VOCES DEL DESENCANTO

David BEORLEGUI

Resumen:

La siguiente comunicación explora el modo en que la memoria de la militancia radical durante los años de la setenta se ha visto impregnada por una emoción melancólica de corte eminentemente político, que adquiere un significado ambivalente. El fenómeno del desencanto tiene en la memoria un componente fundacional, operando desde una sensación de derrota más o menos extendida entre distintas cohortes de militantes que ofrece a su vez un recordatorio permanente de marcado carácter utópico.

La izquierda radical fue uno de los agentes de movilización más importantes durante los últimos años de la dictadura y los inicios de la transición. Formada por toda una serie de organizaciones críticas con la política de conciliación practicada desde el PCE y supuso una importante novedad con respecto a la línea política que había venido dominando en la izquierda española durante los años cincuenta y sesenta. En el caso vasco, que es el que mejor he estudiado, muchas de esas sensibilidades procedían del mundo de ETA, que fue tronco común de muchas de las formaciones revolucionarias surgidas durante segunda mitad de los años sesenta, cuyas derivas organizativas tuvieron un impacto directo en el conjunto del Estado. La implantación de estas formaciones, como es bien conocido, comprendió un aumento exponencial durante la primera mitad de los años setenta, pasando posteriormente a experimentar una fuerte crisis a finales de la década, que se saldó, ya inicios de los años ochenta, en una fuerte crisis, dando como lugar a distintas respuestas dependiendo de unas u otras. En esta comunicación pretendo rendir un pequeño homenaje a los hombres y mujeres que lucharon contra la dictadura y por la revolución social, así como referirme, aunque sea de modo muy breve, a algunos de los aspectos que considero más relevantes con respecto a la memoria de la izquierda radical durante el período conocido como la transición española.

El primer aspecto al que me quiero referir es alusivo a la nueva generación de activistas que se fué fraguando durante la segunda mitad de los años sesenta e inicios de los setenta. Dicha generación estaba caracterizada por su juventud y su actitud crítica con respecto a la posición del PCE, lo que se tradujo en una búsqueda incesante de alternativas políticas²¹. Así por ejemplo, Salus San José recuerda sus inicios en el movimiento obrero en torno a 1968: “me llega que se van a montar las Comisiones Obreras Juveniles, y están ahí los del PCE y vamos a hacer otro bloque u otra historia

²¹ Sobre el componente juvenil del movimiento de las Comisiones obreras, Domènech, Xavier, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia*, Barcelona, Icaria, 2012, p. 167.

que no sea lo del PCE. Así, entre chavales, además, entramos [...] todos jóvenes”²². Iñaki Bolueta enfatiza en su testimonio el atractivo de que ejercía en esos momentos y diferencia esa situación con lo ocurre en el presente, al evocar: “todos los movimientos de Nueva Izquierda, toda esa cosa que entraba aquí además clandestino, que era... buah, fresquísimo. Imagínate. Además, con la gente joven. Lo prohibido tenía para nosotros un encanto que... claro, hoy no podéis vivir eso. (risas).”²³. Itziar Aribe alude a esta cuestión cuando afirma que “antes los jóvenes no existían”, para plantear que a finales de los años sesenta tuvo su inicio “una explosión” en la que “dimos un poco de vidilla a todos los viejos, a los que quisieron...”²⁴. Gaudencio Alonso refiere divertido a la imagen arquetípica que proyectaban en ocasiones los y las militantes: “chavales de dieciocho años, que dábamos un cante...”²⁵. José Vicente Ojinaga, por último también destaca entre risas que cuando se organizaban, por esas mismas fechas, “nos parecía que

²² Archivo de la Memoria/ Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Fecha de realización de la entrevista: 00-01-2009. Entrevistado: Salus San José. Salus nació en Sestao en una familia de clase trabajadora. En 1968 comenzó a organizarse en las llamadas “Comisiones Obreras Juveniles” y a finales de la década ingresó en el Frente Obrero de ETA. Su actividad se centró en la empresa General Eléctrica. Tras pasar ocho meses de cárcel, se produjo la escisión de la VI Asamblea de ETA y tras un período de adaptación ingresó en el Movimiento Comunista y combinó su actividad con su presencia en Comisiones Obreras. Tras ser expulsado de esta organización a finales de los años setenta, pasó a conformar el sindicato ESK, desde el que desarrolló una labor en la fábrica hasta inicios de los años noventa

²³ Entrevista a Iñaki Bolueta (seudónimo). Realizada por David Beorlegui. Fecha de realización de la entrevista: 14-4-2014. Iñaki nació en Legazpia en 1955, en un familia de clase trabajadora. A finales de los años sesenta, un miembro de la familia fue encarcelado por su actividad antifranquista y la familia comenzó a implicarse social y políticamente. A inicios de los años 70, formó parte de los Comités Obreros Anticapitalistas y posteriormente ingresó en OIC y EMK. A partir de los años setenta, formó parte de los Comités Antinucleares y durante los años ochenta tuvo una actividad destacada en el movimiento ecologista y en el de radios libres.

²⁴ Archivo de la Memoria/ Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”, Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistada: Itziar Aribe. Fecha de realización de la entrevista: 25-02-2009. Itziar nació en Barakaldo en una familia de clase media y pasó a finales de los años setenta a formar parte de las asambleas de trabajadores que se desarrollaron en la empresa General Eléctrica, manteniendo esa actividad hasta inicios de los años ochenta.

²⁵ Entrevista a Gaudencio Alonso. Realizada por Mentxu Irusta Laforga, (extracto).

una persona mayor no pintaba ahí nada con nosotros..., que considerábamos mayor, pero tenía treinta y cinco años...”²⁶.

El segundo de los aspectos a señalar es el atractivo que ejercía sobre estos jóvenes la identidad obrera, que encarnaba los valores revolucionarios por antonomasia y estaba investida de un fuerte valor emocional, procedente en gran medida de su gran legitimidad simbólica para el conjunto de las fuerzas de izquierda. Pese a que el movimiento obrero venía experimentando un cierto desgaste en perspectiva histórica durante los años centrales del siglo veinte, muchos de los y las militantes entrevistados plantean que a comienzos de los años setenta existía el convencimiento de que “allí, en las fábricas grandes, es donde está la fuerza del proletariado que puede mover todo esto”²⁷. Otro activista se refiere en su relato a la “ilusión y el “firme convencimiento” experimentados a comienzos de los años setenta por “poner en la fábrica una línea de trabajo de esta naturaleza”²⁸. La centralidad de la identidad de clase motivó que muchos militantes se proletarizaran con rapidez a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Como recuerda Luis Alejos, esa fue una época en que “hasta los hijos de familias bien situadas iban a la fábrica”, movidos por el convencimiento de que “había que hacer la revolución, y la tenían que hacer los obreros”²⁹. La importancia adquirida

²⁶ Archivo de la Memoria/Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistado: José Vicente Ojinaga. Fecha de realización de la entrevista 17-04-2009. José Vicente nació en Sopelana en 1950 en el seno de una familia nacionalista. Con sólo diecisiete años, fue arrestado por la Guardia Civil por acudir a un Batasun Eguna convocado por ETA en Irún. Poco después, sufrió un nuevo arresto y estuvo dos años en la cárcel. Posteriormente, formó parte de la escisión de ETA VI y de la unificación con LCR, así como participó de la creación de las Comisiones Obreras en territorio vizcaíno.

²⁷ Entrevista a Mateo Arakistain (seudónimo). Realizada por David Beorlegui, (extracto).

²⁸ Archivo de la Memoria/Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA). Colección “Luchas obreras en Bizkaia.1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistado: Jon Fano. Fecha de realización de la entrevista: 20-3-2009. Jon nació en Lutxana-Erandio en 1945. Durante los años sesenta participó en distintas iniciativas políticas de corte nacionalista y obrerista, pasando posteriormente a Comisiones Obreras y a formaciones trotskistas, ingresando en LAB en 1982.

²⁹ Archivo de la Memoria/Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia.1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistado: Luis Alejos. Fecha de realización de la entrevista: 31-03-2009. Luis Alejos nació en Palencia en 1943 y participó activamente en el movimiento obrero desde mediados de los años sesenta. En esa época formaba parte de ESBA, la rama vasca del Frente de Revolución Popular, colaborando posteriormente en la creación de Comisiones Obreras en Vizcaya. A mediados de los años setenta, también tuvo un papel destacado como representante de la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS) y en EMK durante los años ochenta.

por el elemento obrerista para la izquierda en esa época también es uno de los aspectos que Mariví Marañoñ destaca en su relato de vida cuando narra las causas que la llevaron a tomar la decisión de que “yo no estudiaba más, que *pa* qué... ahora que están las fábricas. A hacer la revolución. Objetivo: hacer la revolución. ¿Dónde se hace la revolución? Pues en las fábricas”³⁰. La creencia en los atributos excepcionales de esa identidad obrera motivaba, en palabras de Juanjo San Sebastián, que muchos jóvenes de su generación sintieran una “vocación de ir a la fábrica a salvar al mundo”³¹. Quizá sea el poder de esa persuasión lo que explique que él supiera desde que tenía muy tierna edad lo que quería ser de mayor: “quería ser obrero y quería militar en política”³².

Ajenos a las tentativas reformistas surgidas desde dentro de un régimen que daba signos evidentes de debilidad en sus últimos años, ños y las militantes revolucionarios entendieron que la salida de la dictadura vendría de la mano de una movilización más o menos generalizada, que podía derribar las estructuras del régimen y sentar las bases de construcción de un nuevo tipo de sociedad. El trabajo denodado de las células revolucionarias en las calles y las fábricas produjo un importante menoscabo del orden franquista, cuyas autoridades se sentían impotentes ante la oleada de movilizaciones que se desarrolló a lo largo de la primera mitad de los años setenta. La radicalidad y el carácter masivo de las huelgas y manifestaciones que se celebraron entonces dotó a ese anhelo de una forma revolucionaria, utópica, en el sentido de favorecer la proyección de una sociedad y un mundo radicalmente mejores y distintos que los que habían existido hasta esos momentos. Estos grupos de militantes, sin embargo, no consiguieron asestar un golpe definitivo a la dictadura, ni mucho menos

³⁰ Archivo de la Memoria/Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA). Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistada: Mariví Marañoñ. Fecha de realización de la entrevista: 00-01-2009. Mariví nació en Medina de Pomar (Burgos) en 1943. En su adolescencia ingresó en la Juventud Obrera Católica (JOC) y participó de la constitución de Comisiones Obreras a mediados de los sesenta. Posteriormente, pasó a Komunistak, una escisión maoista de ETA que, mas tarde, se constituyó como una parte del Movimiento Comunista-EMK. Durante los años setenta y ochenta participó también, de modo muy activo, en la Asamblea de Mujeres de Bizkaia.

³¹ Entrevista a Juanjo San Sebastián, realizada por David Beorlegui, (extracto).

³² Entrevista a Juanjo San Sebastián, realizada por David Beorlegui, (extracto).

llevar a cabo los proyectos de transformación radical de la sociedad que habían anticipado.

Sería impensable en una comunicación de estas características explorar los pormenores que llevaron a la aparición del fenómeno del desencanto, pero si explorar el significado de un fenómeno que no ha sido suficientemente estudiado. Durante un tiempo, el desencanto fue un fenómeno utilizado hasta la saciedad para referirse, de modo muy ambiguo, a la disonancia existente entre las expectativas albergadas en los inicios de la transición y los resultados del proceso. Entiendo que el desencanto se compone fundamentalmente de la presencia de dos emociones que todavía hoy, dominan el recuerdo de lo sucedido. Me estoy refiriendo a la euforia y la melancolía, dos modos de relación con el mundo aparentemente antagónicos, que se sitúan en los dos extremos del pasillo transicional y condensan buena parte del significado de aquel tiempo, con unos inicios marcados por la existencia de una indisimulada alegría, por las posibilidades que se desprendían del cambio político, un desarrollo claramente decepcionante para muchos de los sectores más movilizados.

La euforia y la melancolía informan del significado de ese proceso de transformación política desde la perspectiva de la izquierda radical. Se encuentran profundamente vinculadas a la aparición y la clausura de un horizonte de expectativa transformadora que no conocía de parangón desde los tiempos de la Segunda República. Dicho horizonte se fue conformando durante la primera mitad de los años setenta y alcanzó su punto álgido a mediados de la década. Durante casi cuarenta años de cruel dictadura, el futuro liberador anticipado por la teoría revolucionaria no había dejado de ser un deseo muy abstracto esbozado en forma de entelequia teórica, mientras que en esos momentos, al calor de la protesta, se sentía como algo muy posible, real, e incluso inminente. No sería descabellado pensar, por tanto, que la intensa voluntad liberadora experimentada por aquellas cohortes de jóvenes activistas en las postrimerías de la muerte del dictador adquirió un significado cualitativamente distinto, el de una ruptura profunda con el pasado, que iba mucho más allá de las distintas estrategias diseñadas por las fuerzas políticas.

Las personas entrevistadas aluden constantemente en sus relatos a los momentos de movilizaciones masivas desarrolladas durante la primera mitad de los años setenta y remiten específicamente a la intensidad de las emociones experimentadas por los y las activistas en los momentos de asistir a las protestas, destacando “lo que suponía sentirte en la calle”³³. Compartiendo la línea defendida por algunos autores para caracterizar los años finales de la dictadura franquista, coincido en que muchas de las personas que participaban en las movilizaciones estaban firmemente convencidas “de que el poder de la calle era un factor decisivo o incluso *el* factor decisivo en la suerte del régimen”³⁴. El recuerdo, por ejemplo, de María Luisa Menéndez está impregnado de una expectativa que permanece abierta en su memoria, como muestra de la profunda huella dejada en ella por las movilizaciones: “en aquella época... ¡fíjate!, no tengo sensación tanto de dureza como de emoción. La emoción [de] que todo estaba por conseguir [...], que todo era posible, que había mucha gente en la calle”³⁵. El impulso del cambio, por lo tanto, dependía de la importancia otorgada a la movilización, pese a la prohibición expresa del régimen de toda muestra pública de descontento: “al igual que las asambleas, ocupar la calle... –relata Manuel Bengoa-. Fraga ya había dicho que la calle era suya. Y no...”³⁶.

La emoción que parecía inundarlo en el transcurso de aquellas movilizaciones todo era la muestra más patente de estar protagonizando un momento de gran relevancia histórica que podía producir un salto cualitativo en el tiempo. Se trataba

³³ Entrevista a Maider Larrañaga (seudónimo). Realizada por David Beorlegui. Fecha de realización de la entrevista: 11-03-2014. Maider nació en Durango en 1945 en una familia de clase media y comenzó a participar con dieciocho años en movimientos nacionalistas juveniles, centrando su actividad en el mundo obrero e incorporándose a la tendencia anticapitalista. Posteriormente, colaboró en distintas iniciativas sociales de diversa índole, como movimientos antirracistas, antirrepresivos y de solidaridad con distintas causas, así como en la plataforma Elkarri.

³⁴ Núñez, Rafael, *El peso del pesimismo...*, p. 363.

³⁵ Archivo de la Memoria/Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistada: María Luisa Menéndez. Fecha de realización de la entrevista 23-03-2009. María Luisa Menéndez nació en Bilbao en 1950 en una familia de clase media y comenzó su actividad organizativa en torno al mundo cristiano con más de veinte años, pasando posteriormente a potenciar el sindicato LAB y otras organizaciones de carácter marxista y nacionalista, como ASK. Posteriormente, participó en el Movimiento Feminista.

³⁶ Entrevistada a Manuel Bengoa (seudónimo). Realizada por David Beorlegui (extracto).

de un cúmulo de sensaciones lleno de significado libreador, en su sentido más profundo, en un factor subjetivo de la confrontación política con la dictadura que hacía posible lo imposible. En aquellos momentos una sensación de fortaleza y protagonismo en el curso de la Historia, desconocida hasta el momento, parecía circular entre los presentes, impregnando sus cuerpos, favoreciendo un empoderamiento que se caracterizaba, como recuerda Rosa García, porque “... te sentías como más libre, más entera, más fuerte, con más capacidad de pensamiento... de visión de las cosas y de análisis de las situaciones. Entonces ponías las cosas en cada sitio, te sentías... no sé, como más hecha, más humanamente hecha por dentro”³⁷. Esa expectativa de cambio político en relación al curso histórico pasó a quedar incorporada por Mainer Larrañaga: “... pensaba que me iba a comer el mundo.... yo pensaba que esto... yo, de verdad, pensaba que esto iba a caer en dos días. Y pensaba... que le íbamos a dar vuelta a la Historia”³⁸. En términos análogos, Rosa García recuerda que “en aquel momento te sentías... te sentías que estabas dentro de la Historia. O sea, haciendo Historia”³⁹.

La recompensa de colaborar en pos de la constitución de un mundo mejor y más justo era un motor para la acción política, permitiendo romper, aunque sólo fuera por momentos, el miedo que la dictadura trató siempre de inocular al cuerpo social, asumiendo los numerosos riesgos que se derivaban de la labor política clandestina. La sensación es descrita, por ejemplo, por Isabel García “como una liberación... y a mí eso me gustaba. Y entonces se te quitaban los miedos. Ver viejillos y gente muy joven, todos a una. Eso me emocionaba. Sobre todo, porque pensaba que era lo justo. Era lo que... lo que valía la pena. Aunque te metieran en la cárcel”⁴⁰. Oliva Esteban también plantea

³⁷ Archivo de la Memoria/Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA): Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistada: Rosa García. Fecha de realización de la entrevista: 03-12-2009. Rosa García nació en Sestao en 1942 y participó activamente en las asambleas obreras que se organizaron en Bizkaia a mediados de los años setenta.

³⁸ Entrevista a Mainer Larrañaga (seudónimo). Realizada por David Beorlegui, (extracto).

³⁹ Entrevista a Rosa García, Realizada por Mentxu Irusta Laforga (extracto).

⁴⁰ Archivo de la Memoria/Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistada: Isabel García. Fecha de realización de la entrevista 03-12-2009. Isabel García nació en Málaga en 1952, emigrando posteriormente con toda la familia a Bilbao y creciendo en un ambiente de clase obrera. Sus inicios en la militancia se dieron en la Juventud Obrera Católica y posteriormente pasó a engrosar las filas del Movimiento Comunista.

que: “Los recuerdos son muy bonitos [...]. Pasabas más miedo en esos momentos en que las estabas tirando (las octavillas). Para mí era terrible, o sea, llegaba a casa con una satisfacción...”⁴¹. José Luis Asiáin también recuerda que en esa época “el miedo a veces te atenazaba”, pero en esos momentos de efervescencia era mayor la sensación de deber y la expectativa de cambio, por lo que se lanzó a un activismo desenfrenado ante el convencimiento de que “había que hacerlo”⁴². Este antiguo militante recuerda que las posiciones políticas situadas más a la izquierda “en el momento de la expectativa y del desarrollo de la lucha clandestina eran ideologías que te ayudaban, porque te daban mucha cohesión y te daban mucha fuerza.”⁴³. Como señala Mateo Arakistain, las distintas ideologías radicales abrazadas desde los inicios de la década eran incorporadas de tal modo que “te daban fuerza interior para mirar hacia delante [...] Un impulso tremendo para moverte de un lado para otro, incluso para ser fuertes ante la represión”⁴⁴. Así, Amancio García recuerda que durante sus estancias en la prisión “la ideología es lo que te mantiene. Nos mantenía a todos, tirábamos (sic), y tirábamos bien”⁴⁵.

⁴¹ Entrevista a Oliva Esteban. Realizada por Mentxu Irusta Laforga, (extracto).

⁴² Entrevista a José Luis Asiáin (seudónimo). Realizada por David Beorlegui. Fecha de realización de la entrevista: 23-02-2015. José Luis Asiáin nació en Pamplona en 1950 en el seno de una familia de clase obrera. Al poco de cumplir los dieciocho años, en su segundo empleo remunerado, formó parte de las Comisiones Obreras que se organizaban de modo clandestino en Potasas de Navarra, una de las principales empresas de la provincia. Tras la detención de varios dirigentes pasó a ocupar el primer puesto en el organigrama de Comisiones Obreras en la provincia, en una labor que combinaba con su actividad como dirigente de ORT. Tras la escisión en el seno de Comisiones Obreras a finales de los setenta, desempeñó también un papel importante en el Sindicato Unitario, hasta su desaparición a comienzos de la década de los ochenta.

⁴³ Entrevista a José Luis Asiáin (seudónimo). Realizada por David Beorlegui, (extracto).

⁴⁴ Entrevista a Mateo Arakistáin (seudónimo). Realizada por David Beorlegui, (extracto).

⁴⁵ Archivo de la Memoria/Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Entrevistado: Amancio García. Fecha de realización de la entrevista 16-02-2009. Amancio García nació en Abanto-Zierbana en 1947 en una familia de clase trabajadora y comenzó su actividad organizativa en torno al mundo obrero a comienzos de los años sesenta. Tras ser detenido en 1966 durante la celebración de un primero de Mayo ingresó en prisión, donde conoció a otros activistas con los que impulsó las comisiones obreras. Durante los años setenta militó en el PC(ml) y en torno a mediados de esa década se dedicó a la actividad armada en el FRAP. En 1978 fue arrestado y tras sufrir fuertes torturas durante varios días fue enviado a prisión, donde estuvo hasta 1982. Posteriormente pasó a desarrollar su actividad en el sindicato ESK.

La euforia liberadora experimentada durante las protestas se mostró capaz de vencer al miedo a la represión ante el enorme despliegue represivo del régimen, apareciendo investida de un sesgo transformador que se hizo sentir entre los y las manifestantes y pasó a constituir un aspecto irrenunciable de su memoria del período. Isabel García, por ejemplo, recuerda los años de la transición a partir de la existencia de “... un movimiento fuerte. La izquierda... entonces... la revolución era... el cambio total. Y me acuerdo de eso... de las luchas que iban de fábrica en fábrica, de las culebras que hacíamos, para que la gente se fuera sumando. La historia esta tan bonita... que pensábamos que podíamos cambiar el mundo”⁴⁶. Sin embargo, ese ingente caudal de ilusión topó pronto con una realidad que se resistió a dar rienda suelta a sus deseos y cobró una forma nueva e inesperada, la de un proceso exiguo que distó mucho de saciar las pretensiones utópicas de los sectores que más se habían movilizado en contra de la dictadura.

La detención del movimiento de la calle que comenzó a hacerse patente a lo largo de la segunda mitad de 1976 provocó una clausura más o menos repentina de las expectativas revolucionarias albergadas desde los sectores opositores, que hubieron de prepararse para hacer frente a las lógicas de un sistema. En el plano político, las sucesivas citas electorales y la dinámica pactista que se instauró en los centros de trabajo tras la legalización de los sindicatos consiguieron, pese a la existencia de notables resistencias, instaurar una realidad que difería radicalmente de la que existía a mediados de los años setenta. El testimonio de Juanjo San Sebastián es muy expresivo a ese respecto cuando señala que a mediados de 1977 se sentía: “como más debilitado” en su puesto de trabajo. “Claro -afirma- ese elemento romántico de lucha por la revolución y por no sé qué y tal pues había desaparecido. Y las perspectivas que se abrían hacia el futuro eran de desencanto absoluto. Se me... se derrumbó todo el mundo que yo pensaba que iba a ser”⁴⁷.

El desencanto es un término frecuentemente empleado en la historiografía de la transición que sin embargo no ha sido convenientemente problematizado. Entiendo que

⁴⁶ Entrevista a Isabel García. Realizada por Mentxu Irusta Laforga, (extracto).

⁴⁷ *Ibidem*.

Congreso “Las otras protagonistas de la transición: izquierda radical y movilizaciones sociales”, Madrid, 24-25 de febrero de 2017

se trató de una emoción eminentemente política nacida de la sustracción de un futuro revolucionario que muchos/as militantes habían experimentando como inminente. Ese proceso de clausura utópica favoreció la aparición de una sensibilidad melancólica que en poco tiempo se apoderó de las filas de la izquierda radical, actuando como el primer diagnóstico de la imposibilidad de acometer la transformación soñada. La amarga constatación de que el fin de la dictadura no vendría de la mano de una movilización masiva, sin embargo, no supuso una desmovilización de modo necesario o automático, sino que muchos se afanaron en resistir denodadamente en el seno de sus respectivas organizaciones o en toda una serie de nuevos movimientos que hicieron su aparición a lo largo del último tercio de los años setenta. Fue ese momento marcado por la desaparición de las expectativas revolucionarias en el que sin embargo existía todavía un importante remanente de ilusión, por lo que resulta imposible constreñir el proceso a una cronología rígida, sino que más bien funcionó a partir de distintas ráfagas u oleadas que se fueron sucediendo durante el último tercio de los años setenta y la primera mitad de los años ochenta.

El advenimiento del desencanto constituyó, quizás, el acontecimiento más importante de la transición. Resulta muy significativo que aunque se trató de un fenómeno extendido en el tiempo, aparezca como un elemento absolutamente imprevisto en las narrativas estudiadas, capaz de alterar significativamente su experiencia de la transición. Es importante destacar que el desencanto no sólo vino a significar una derrota política común al conjunto de las organizaciones radicales, sino además que dio lugar a un tiempo que, en clave personal, fue identificado con la derrota de todas las pretensiones albergadas hasta entonces, lo que tuvo importantes consecuencias en la subjetividad de esas personas, que vieron alterada la relación que mantenían con respecto a su propio tiempo. Así, José Luis Asiáin, afirma que aquel proceso de deterioro parece haber acontecido: “con una brusquedad terrible, ¡joder!... El hundimiento fue de la noche a la mañana” [...]. Los que estábamos allá, estábamos a eso, a cambiar el mundo... convencidos. Entonces es cuando ese mundo se nos derrumba”⁴⁸. A partir de entonces – recuerda- daría inicio a otra realidad que define

⁴⁸ Entrevista a José Luis Asiáin. Realizada por David Beorlegui, (extracto).

como “unos años terribles” en los que “todas las ilusiones de tu vida, con ese afán juvenil fuerte de cambiar las cosas, se te viene abajo, pero así, radicalmente”⁴⁹. Sus palabras resultan muy esclarecedoras de la sensación de devastación percibida, cuando trata de describir lo experimentado entonces: “No es la palabra depresión – aseguro – sino un hundimiento de tus ilusiones, de todo lo que has puesto dentro de la vida [...], soledad interior, vacío. Además no sabes cómo reaccionar...”⁵⁰. Pablo Betelu también refiere a un proceso similar al plantear que: “Aunque los años *in situ* los vives con una gran ilusión, porque esperas que esto cambie, que tenemos fuerza, que lo podemos hacer..., luego el resultado final es un fracaso total y absoluto. De decir: <¡Joder, estás perdido!>”⁵¹.

Conforme la transición iba cobrando una orientación cada vez más decididamente reformista y alejada de las pretensiones revolucionarias de los y las militantes, la euforia vinculada a la sensación de protagonismo y capacidad transformadora del movimiento se veía oscurecida por una indescriptible sensación de parálisis. El desencanto fue un brusco acontecimiento, pero también un proceso paulatino de desmoronamiento de los significados que habían dado sentido a la lucha antifranquista y revolucionaria. Mainer Larrañaga afirma que durante los años finales de la década de los setenta sentía “como un flash”, como que volvían “otra vez los miedos” al ver que todo desaparecía y se producía una “vuelta atrás”, en una situación que contrastaba poderosamente con la euforia liberadora experimentada durante los inicios del proceso⁵². De esa manera, la memoria aparecía como el terreno en el que esa sensación de derrota cobraba sentido, preservando en su máxima expresión un sesgo utópico que había pasado a constituir uno de los principales rasgos del pasado inmediato. Maialen Aizkorbe hace referencia en su testimonio a su firme creencia en las posibilidades del movimiento durante los momentos posteriores a la muerte de Franco: “Pensaba que íbamos a conseguir algo y que la clase obrera nos iba a apoyar más de lo

⁴⁹ *Ibidem*.

⁵⁰ Entrevista a José Luis Asiáin. Realizada por David Beorlegui, (extracto).

⁵¹ Entrevista a Pablo Betelu. Realizada por David Beorlegui, (extracto).

⁵² *Ibidem*.

que lo hicieron”⁵³. En una muestra del desempoderamiento experimentado, a finales de los años setenta, ella asegura, a día de hoy, que se siente “bastante incauta al haber llegado a sentir en los momentos álgidos de la lucha, de anticipar, incluso, que: “podíamos hacer un socialismo, o una lucha. Vamos, que podíamos ganar en la lucha revolucionaria”⁵⁴. Como consecuencia de todo ello, una nueva experiencia del período emergía en el terreno del recuerdo y provocaba una reacción melancólica al experimentar que: “Estás perdido, ya... no es tan simple [...]. Aquello que perdimos, no..., pues no volverá. Y no sé, no sé qué más decirte...”⁵⁵. De modo lapidario, Aizkorbe sitúa en un mismo plano de derrota los planos político y personal, asegurando haber estado: “Toda una vida luchando para..., ya ves, ni siquiera una república, que tiene bemoles, ¿no?”⁵⁶.

La memoria desempeñó un papel fundacional en la aparición del desencanto porque sirvió de permanente recordatorio de la magnitud de la derrota inflingida, depositando las pretensiones utópicas de los y las militantes en un tiempo de acceso imposible y que sólo existía en el recuerdo. Sin embargo, lejos de actuar como un fantasma que certifique la defunción de los ideales de la transición, preserva una parte del significado utópico de aquella experiencia de liberación, en pos de futuras actualizaciones que se realicen desde el presente. Esa ambivalencia de la memoria desencantada constituye el mejor antídoto contra la arrogancia de un presente que se nos presenta como el mejor de los mundos posibles. El potencial subversivo de esos recuerdos resulta muy esclarecedor si se atiende a la emoción que todavía hoy sigue adherida al recuerdo de aquel tiempo. Tal y como plantea Itziar Aribé en relación a los inicios de la transición: “Pensábamos que era posible. O sea, todo era posible. Y realmente... todo era posible”⁵⁷. La referencia constante a la carga utópica de la emoción que acompañaba a las luchas desvela que esa sensación permanece abierta y es

⁵³ Maialen Aizkorbe (seudónimo). Entrevista realizada por David Beorlegui, (extracto).

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ *Ibidem*. El comentario de Laiz en Laiz, Consuelo, *La lucha final...*, p. 189.

⁵⁶ *Ibidem*.

⁵⁷ Entrevista a Itziar Aribé. Realizada por Mentxu Irusta Laforga, (extracto).

magnificada en el terreno del recuerdo: “Todo era alegre – insiste Itziar Arike- alegre. Y todo se iba a conseguir”⁵⁸. Clara Márquez también recuerda que durante los inicios de la transición, la lucha militante había supuesto para ella: “El mayor placer del mundo mundial. Aquello me gustaba y todo me llenaba, todo me servía. ¡Chico, mi mundo!”⁵⁹. La síntesis que realiza del tiempo de la transición resulta muy esclarecedora de la emoción que todavía hoy sigue adherida al recuerdo de aquel tiempo: “Fue para mí... todo el rato más, llenar y llenar. Lo recuerdo como una época gloriosa – sentencia Márquez- lo dimos todo”⁶⁰.

El relato de Julia González también es representativo de la ambivalencia emocional en la que vengo insistiendo, de la relación indisoluble que se establece en el recuerdo entre la utopía eufórica y la melancolía, engendradora de la experiencia de desencanto: “Aquellos han sido los mejores años de lucha – afirma Julia-, la vitalidad que has tenido... – insiste-, pero es triste toda aquella ilusión que teníamos, aquellas aspiraciones de construir un mundo más justo...”⁶¹. La ilusión experimentada entonces conecta de modo inmediato con una interpretación del propio pasado en clave de pérdida; un hecho que motiva una respuesta melancólica que resalta la magnitud del quebranto experimentado, apelando a la dimensión utópica que subyacía a aquellas protestas: “¡Ay!... desde luego... son meses que se hicieron muchas cosas, que teníamos mucha ilusión, es verdad [...]. No se han cubierto las expectativas que teníamos.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ Entrevista a Clara Márquez (seudónimo). Realizada por David Beorlegui, (extracto).

⁶⁰ Archivo de la Memoria/ Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”, Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Fecha de realización de la entrevista: 25-02-2009. Entrevistada: Itziar Arike. Itziar nació en 1952 en Barakaldo en una familia de clase media y pasó a finales de los años setenta a formar parte de las asambleas de trabajadores que se desarrollaron en la empresa General Eléctrica, manteniendo esa actividad hasta inicios de los años ochenta.

⁶¹ Archivo de la Memoria/ Ahozko Historiaren Artxiboa (AHOA), Colección “Luchas obreras en Bizkaia. 1970-1992”- Entrevista a Iñaki Markiegi. Entrevista realizada por Mentxu Irusta Laforga. Fecha de realización de la entrevista: 16-04-2009. Julia González nació en 1935 en la localidad vizcaína de Muskiz. Pasó una infancia muy dura, con un fallecimiento prematuro de su madre y el encarcelamiento de su padre en 1939 por su ideología comunista. A finales de los años cincuenta, entró a trabajar en la General Eléctrica y fue representante del jurado de empresa como independiente, siendo reelegida posteriormente, ya por Comisiones Obreras. Durante los años sesenta y buena parte de los setenta, participó de las comisiones de fábrica y en el PCE, tomando parte en todas las huelgas que tuvieron lugar en la empresa, así como numerosas manifestaciones políticas en su ciudad, Portugalete.

Entonces teníamos una utopía que no se ha llegado a cumplir”⁶². Ese tipo de afirmaciones constituye un claro ejemplo de lo que Alastair Bonett denomina “nostalgia radical”, una recreación del pasado que se orienta hacia el presente a modo de defensa contra un presente hostil, alienado⁶³. El desencanto fue una tristeza eminentemente política nacida de la desaparición de las aspiraciones de la izquierda revolucionaria que, sin embargo, mantuvo una parte de su significado utópico, un significado que se actualiza con el tiempo y constituye un magnífico antídoto contra la tiranía distópica de un presente que se nos presente como el único de los mundos posibles- Ese sea quizás el sentido oculto en los relatos de carreras frente de los grises, que provocan en no pocas ocasiones respuestas desdeñosas por parte de las nevas generaciones. La memoria nostálgica de la transición, en ese sentido, puede dar lugar a condenas radicales del presente y a distintos intentos de crear futuros alternativos, que presionan con fuerza por efectuarse y recuerdan, en última instancia, que otras transiciones fueron posibles, tiempos que, en ocasiones, llegan con años de retraso y parecen pesar demasiado.

⁶² Ibídem. El recuerdo de esta entrevistada acude entonces a un *enclave de la memoria* que se centra en una manifestación celebrada en 1976 en Portugalete y que estuvo encabezada por ella y por otra mujer.

⁶³ Bonett, Alastair, *Left in the Past. Radicalism and the Politics of Nostalgia*, New York-London, Continuum, 2010, pp. 12-13.